

**TEXTOS SOBRE EL ACTIVISMO,
EL INDIVIDUO Y
EL PERSONALISMO**

ACTIVISMO

(Pequeño diccionario de los clavos revisionistas)

(De Battaglia Comunista, nº 6-1952)

No puede considerarse un «clavo», o sea, una idea fija, una manía delirante, porque de hecho no se trata de una concepción doctrinal, de una posición teórica fundada de cualquier modo sobre una determinada consideración de la realidad social. De hecho, presupone la ausencia y el desprecio soberano por el trabajo teórico, bastándole cualquier formulilla táctica y la experiencia de la maniobra política, el empirismo agnóstico, la rutina de la organización y la jerga de la terminología. El activismo no es pues un «clavo», sino el terreno de cultivo de todos los «clavos» y manías que afligen continuamente al movimiento obrero. Pero las oleadas epidémicas de activismo, no vienen por casualidad.

Se puede afirmar que la teoría marxista se ha formado en una continua e incesante lucha crítica contra las infatuaciones activistas, que luego son las manifestaciones sensibles del modo de pensar idealista. Las épocas en las que el fenómeno alcanzaba el acmé estaban invariablemente marcadas por el triunfo de la contrarrevolución. Tenemos como testimonio un pasaje de Engels, sacado del artículo «**Programa de los Blanquistas prófugos de la Comuna**», publicado en el «**Volkstaat**» en 1874.

Se dice textualmente:

«Después de toda revolución fracasada o toda contrarrevolución, se desarrolla entre los prófugos salvados en el extranjero una actividad febril. Las distintas gradaciones de los partidos se reagrupan, se acusan de haber conducido el carro al fango, se culpan los unos a los otros de traición y de todos los pecados mortales posibles. Así se permanece en estrecha conexión con la patria, se organiza, se conspira, se imprimen octavillas y periódicos, se jura que en veinticuatro horas se volverá a empezar, que la victoria es segura y ya se distribuyen los centros gubernamentales en espera de obtenerlos. Naturalmente, los desengaños suceden a los desengaños y, ya que estos no se quieren inscribir en las condiciones históricas ineluctables, que no se quieren comprender, más que para los errores fortuitos de los individuos, así se acumulan las acusaciones recíprocas y todo acaba en una reyerta general».

Sustituid las circunstancias de la época pos-Comuna, sucesiva a una tremenda y devastadora derrota del movimiento revolucionario, con las análogas de un período cualquiera de reflujo del movimiento y de victoria totalitaria de la reacción capitalista; sustituid a los prófugos, blanquistas de la Comuna puestos a salvo en el extranjero con cualquier grupo de acalorados, obstinadamente decididos a no aceptar las «**condiciones históricas ineluctables**», de las que habla Engels, y veréis que la caracterización realista del activismo año 1874, es perfectamente aplicable, pongamos, al año 1926 o al año 1952.

El año 1926 selló la victoria del activismo de frentes de unidad, de fusionismo, de bloques interclasistas en función antifascista, contra el «**sectarismo dogmático y el inmovilismo**» de la Izquierda Italiana.

Sucedió a los «**prófugos**» de la fallida revolución en Alemania, de la ausencia de la ofensiva de clase contra el fascismo mussoliniano de la derrota revolucionaria en Hungría, etc.; lo que les sucedió a los «**prófugos blanquistas**» de la Comuna de 1871. No se quiso comprender, que si las «**condiciones históricas ineluctables**» de la reanudación de la burguesía y de la derrota de la revolución a escala mundial alejaban el estallido del sucesivo conflicto de clase, no se podía acelerar esto con nuevas e inopinadas piruetas tácticas, que topaban contrastantemente con los principios. Entonces se gritó, en la estalinizada Tercera Internacional, que la Izquierda Comunista disimulaba bajo la fidelidad inderrumbable a los principios, la teorización de la inmovilidad, de la inacción política, de la paleontología política.

Escuchad lo que el relator Bujarin, en el momento de la discusión del punto 1º del orden del día del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista (25, de febrero de 1926), decía: «**Existen dos métodos, como fondo diferente, de lucha por la perspectiva revolucionaria. El Primero es el método marxista: éste, consiste (¡escuchad, escuchad!) en adaptar a la realidad concreta nuestra lucha por la perspectiva revolucionaria, tomando la realidad tal cual es, incluso si es desfavorable. El otro método es el de Bordiga, el cual hace abstracción completamente de la situación y se contenta con afirmar que nosotros somos revolucionarios y que debemos combatir por la revolución. En cuanto al análisis marxista de la situación objetiva y a la táctica que brota de él, éste está en Bordiga completamente ausente. No es un caso fortuito si en su largo discurso no hemos oído una sola palabra sobre los indicios específicos de la situación actual. Esto de hecho no le importa, porque él considera todo desde un punto de vista general y abstractamente revolucionario y se contenta con conjugar el verbo "hacer la revolución". Es inútil decir que éste método conduce a vulgarizar nuestra táctica, lo que no tiene nada de marxista**».

¿Hace falta el comentario? Cada uno de nosotros sabe que no por casualidad la táctica preconizada por el activista Bujarin, en aquella época aliado de Stalin, debía conducir donde ha conducido, es decir, primero al pacto ruso-alemán, después a las Conferencias de Yalta y Potsdam, a los Comités de Liberación Nacional, al Tripartito, a la Conferencia Económica de Moscú, acontecimientos que el fiero opositor de la Izquierda Italiana no pudo ver porque fue fusilado piadosamente con anterioridad por los activistas de Stalin. La táctica «**adaptada a la realidad concreta**» debía conducir, nada menos, a la Tercera Internacional Comunista a acabar en «**reyerta general**» como decía Engels en referencia a los Bujarin de 1874. ¡Pero como compensación se tenía la victoria completa del activismo, que hoy obtiene grandes éxitos en las campañas por la paz y por la defensa de la Constitución burguesa!

Ahora nos ocupamos del año 1952. ¿Qué hacen los «**prófugos**» de la III Internacional? Hemos visto el trabajo revolucionario «**concreto**» de los partidarios de la paz, con relativo y variopinto cortejo electoral. Pero ellos no agotan el campo de activismo que salió triunfante de la lucha contra el «**inmovilismo dogmático**» de la Izquierda Comunista. ¿Queréis que nombremos uno a uno a los varios grupos que de él forman parte? Diremos uno, para entendernos: «**Socialisme ou Barbarie**», representante del

vitalismo, enérgico, dinámico, modernizado activismo francés. Pero está claro que aludimos a todos los otros movimientos similares en Francia y fuera, al que el presente pequeño diccionario está dedicado.

Somos acusados eternamente de hacer «**abstracción de la situación**», lo mismo que decía Bujarin. Pues bien, observemos un momento esta famosa situación. He aquí como se presenta, el mundo burgués, año en curso: La clase dominante ha conseguido, maniobrando las palancas del oportunismo, aplastar hasta la médula el movimiento revolucionario, en una maldita guerra que debía concluir el proceso de involución contrarrevolucionaria de los partidos obreros. Una máquina estatal de proporciones y de capacidades represivas inauditas mantiene encadenadas a las masas a la explotación, peor que el torno al cuerpo del condenado al suplicio. La confusión caótica y los sufrimientos de las masas son tales y tantos que la clase obrera está transformada en un tronco sangrante que se mueve inconscientemente: su cerebro está obscurecido e intoxicado, su sensibilidad narcotizada, los ojos no ven, las manos se retuercen sobre sí mismas. En el lugar de la lucha de clase, existe el horripilante estrago de la lucha intestina, propia de naufragos en la balsa de salvamento a merced de las olas. En las fábricas, y no es cosa nueva en la historia, impera el espionaje, la delación, el rencor, la venganza mezquina y pícara, el oportunismo más estúpido y bestial, la prepotencia, el abuso neurasténico, pero en las masas oprimidas por las consecuencias de treinta años de tremendas derrotas, no existe ni siquiera la fuerza para sentir auténtica náusea, porque ésta se expresa en las exhalaciones miasmáticas del sindicalismo de empresa, del corporativismo y, en el plano político, del conciliacionismo social y del pacifismo impotente.

En tales condiciones de trágica devastación de las fuerzas de clase ¿qué hace el proletario consciente, el revolucionario serio, o sea, no diletante no teatralista, o cegado por el anhelo veleitario de éxito inmediato y personal? Él comprende ante todo, aún rechinando los dientes de reprimida impaciencia por el lento y despiadado curso histórico, que la función del partido revolucionario, *en las condiciones actuales*, es la de tomar conciencia clara de la contrarrevolución imperante y de las causas objetivas del estancamiento social, de salvar de las dudas revisionistas el patrimonio teórico y crítico de la clase derrotada, de trabajar para la difusión de las concepciones revolucionarias y de desplegar una actividad razonable de proselitismo. Ante todo, el revolucionario no arlequinesco se da cuenta realistamente de la relación de fuerzas entre las clases y teme, como la pérdida de la vista, el disipar las fuerzas del partido, fuerzas mínimas, fuerzas reducidas a un hilo organizativo, en operaciones enfocadas al activismo fanfarrón e inconcluyente, lanzado al desastre desmoralizante o al reblandecimiento oportunista.

¿Qué hacen en cambio los maniáticos del activismo pseudo-revolucionario? Tartarín de Tarascón pretendía cultivar en una maceta de geranio un baobab, o sea, el árbol más gigantesco de Africa. Nuestros tartarines, ansiosos de éxitos visibles, pretenden cultivar el movimiento revolucionario en el vaso de noche de un mal disimulado personalismo, que se contenta con cualquier formulilla táctica, no nueva y aprendida bestialmente de memoria en 40 años de vana militancia, que existencialmente desprecia todo encuadramiento teórico digno de consideración, que anhela desahogarse en una extravagancia efímera de iniciativas predestinadas a no servir para nada (revolucionario) y sí para el

ridículo. Todo lo poco sano que saben lo han aprendido de textos, tesis y programas en los que nunca han colaborado, a pesar de la presunción crítica; su activismo es efectivamente... el activismo ajeno, porque se distinguen por resaltante pigracia mental y organizativa; tienen un aristocrático horror al humilde y oscuro trabajo para rehacer pacientemente la tela organizativa arrancada por el enemigo de clase; sueñan como muchachos con construir de hoy a mañana un partido revolucionario fuerte de decenas de diputados y senadores, en el parlamento, de consistente influencia en los sindicatos y de masas de afiliados, y si esto no acaece en el espacio de dos o tres años, se abalanzan al cuello de los dirigentes del movimiento, acusándoles de sostener «**la línea táctica equivocada**» y montando asquerosas polémicas personalistas sobre eventuales «**errores fortuitos**» de la dirigencia, ya conocidos por el viejo Engels; gritar que el partido, que aún no ha desarrollado las piernas y los brazos, se pondrá a marchar por encanto como una (división de tanques) panzer-división, en cuanto se envíen a la conquista de los organismos de fábrica, a nuestros grupos de fábrica, para contar tales efectivos no hace falta una calculadora electrónica; pretenden, haciendo reír a los pollos y a las ocas, que los bloques imperialistas son idénticos por peso, forma y color como igual de viriles, y con esta bobada agotan el tan decantado análisis de la situación, que niegan a los demás saber hacer; se enchochecan finalmente con las mórbidas tentaciones que sobre viejas nalgas suscita la poltrona parlamentaria o de asesoría...

Todos los salmos activistas acaban en la gloria electoral. En la fecha de 1917, vimos el asqueroso fin de los super-activistas de la socialdemocracia: en decenios de actividad empleados por entero a la conquista de escaños parlamentarios, de comisiones sindicales y de influencias políticas dieron un espectáculo de imparable activismo. Pero cuando sonó la hora de la insurrección armada contra el capitalismo se vio que sólo consiguió hacerlo un partido, el que menos que ningún otro había «**trabajado entre las grandes masas**» durante los años de preparación; que más que ninguno había trabajado en la puesta a punto de la teoría marxista. Se vio entonces que quien poseía una sólida preparación teórica marchaba contra el enemigo de clase, mientras que quien tenía un «**glorioso**» patrimonio de luchas, se empantanaba vergonzosamente y se pasaba al enemigo.

Vaya que si los conocemos a los maniáticos del activismo. A su lado, los charlatanes de feria son gentilhombres. Por eso sostenemos que existe un sólo medio para salvarse de su contagio: la clásica patada en el trasero.

ACTIVISMO

(De Battaglia Comunista, nº 7-1952)

Es necesario insistir sobre el vocablo. Como ciertas infecciones de la sangre, que son causa de multitud de enfermedades, no excluidas las curables en el manicomio, el activismo es una enfermedad del movimiento obrero que requiere tratamiento continuo.

El activismo pretende tener siempre un conocimiento exacto de las circunstancias de la lucha política, **la altura de la situación**», pero es incapaz de realizar una valoración realista de las relaciones de fuerza, exagerando enormemente las posibilidades de los factores subjetivos de la lucha de clase.

Es pues natural que los afectados por el activismo reaccionen contra la crítica acusando a los adversarios de subvalorar los factores subjetivos de la lucha de clase y de reducir el determinismo histórico a aquel mecanismo automático, que constituye además el ordinario argumento de la crítica burguesa del marxismo. Por eso hemos dicho en el punto 2 de la parte IV de la **«Base para la organización»**: **«En la justa acepción del determinismo histórico se considera que mientras el desarrollo del modo capitalista de producción en los países individualmente, y como difusión en toda la tierra procede sin descanso, o casi en el aspecto técnico, económico y social, las alternativas, por el contrario, de las fuerzas de clase en contraposición, se enlazan a las vicisitudes de la lucha histórica general, a las batallas vencidas y perdidas, y a los errores de método estratégico»**. Esto equivale a decir que nosotros sostenemos que la fase de reanudación del movimiento obrero revolucionario no coincide únicamente con los impulsos provenientes de las contradicciones del desarrollo material, económico y social de la sociedad burguesa, la que puede atravesar períodos de gravísimas crisis, de contrastes violentos, de colapsos políticos, sin que por esto el movimiento obrero se radicalice sobre extremas posiciones revolucionarias. Es decir, no existe automatismo en el campo de las relaciones entre economía capitalista y partido proletario revolucionario.

Puede suceder, como sucede actualmente, que el mundo económico y social burgués esté envuelto por formidables sacudidas, que dan lugar a violentos contrastes, sin que por esto el partido revolucionario tenga posibilidades de acrecentar su actividad, sin que las masas sometidas a la explotación más atroz y en la matanza fratricida consigan desenmascarar a los agentes oportunistas, que ligan su suerte a las contiendas del imperialismo, sin que la contrarrevolución afloje su férreo control sobre la clase dominada, sobre las masas de los desposeídos.

Diciendo: **«Existe una situación objetivamente revolucionaria, pero es deficiente el elemento subjetivo de la lucha de clase, el partido revolucionario»**, se equivoca en todo momento el proceso histórico, siendo una grosera falta de sentido, un absurdo patente.

Es verdad por el contrario que en cualquier oleada, incluso la más peligrosa de la existencia de la dominación burguesa, incluso cuando parece que todo se para y que se dirige a su final, a su ruina: (la máquina estatal, la jerarquía social, el despliegue político burgués, los sindicatos, la máquina propagandista) la situación no será nunca revolucionaria, sino que será a todos los efectos contrarrevolucionaria, si el partido revolucionario de clase

fuera deficitario, mal desarrollado, teóricamente tambaleante.

Una situación de crisis profunda de la sociedad burguesa es susceptible de desembocar en un movimiento de subversión revolucionario, cuando **«los estratos superiores no pueden vivir a la antigua usanza, y los estratos inferiores no quieren vivir a la antigua usanza»** (Lenin, El Extremismo), es decir cuando la clase dirigente no consigue ya hacer funcionar el propio mecanismo de represión, y la mayoría de los trabajadores haya **«comprendido plenamente la necesidad de la revolución»**.

Pero semejante conciencia de los trabajadores no puede expresarse más que en el partido de clase, que en definitiva es el factor determinante de la transformación de la crisis burguesa en catástrofe revolucionaria de toda la sociedad.

Es necesario pues, para que la sociedad salga del **«mare magnum»** en el que ha caído, y que la clase dominante es incapaz de sanear, porque es incapaz de descubrir las nuevas formas apropiadas para liberar las fuerzas productivas y encaminarlas hacia nuevos desarrollos, que, exista un órgano de pensamiento y de acción revolucionaria colectivo que canalice e ilumine la voluntad subversora de las masas.

El **«no querer vivir a la antigua usanza»** de las masas, la voluntad de luchar, el impulso a actuar contra el enemigo de clase, presuponen, en el ámbito de la vanguardia proletaria llamada a desarrollar la función de guía de las masas revolucionarias, la cristalización de una sólida teoría revolucionaria.

En el partido la conciencia precede a la acción, contrariamente a cuanto acontece en las masas y en los individuos.

Pero si se dicen estas cosas no nuevas, no actualizadas, ¿es porque se intenta cambiar al partido revolucionario por un cenáculo de estudiosos, de observadores teóricos de la realidad social? Jamás de los jamases. En la parte IV punto 7 de la **«Base para la organización»** 1952, se dice: **«El partido si bien poco numeroso y poco ligado a la masa del proletariado, si bien siempre celoso de la tarea teórica como tarea de primer plano, rechaza absolutamente ser considerado un cenáculo de pensadores y de simples estudiosos en busca de nuevas verdades, porque hayan perdido la verdad anterior considerándola insuficiente...»**. ¡No puede ser más claro!

A la transformación de la crisis burguesa en guerra de clase y en revolución presupone el desmoronamiento objetivo del andamiaje social y político del capitalismo, pero no puede darse ni siquiera potencialmente si la mayoría de los trabajadores no es conquistada o influenciada por la teoría revolucionaria encarnada en el partido, teoría que no se improvisa en las barricadas. ¿Pero se destila quizás en los cerrados gabinetes de trabajo de estudiosos desligados de las masas?

A ésta estúpida acusación promovida por los energúmenos del activismo, se responde muy bien diciendo, que el infatigable y asiduo trabajo de defensa del patrimonio doctrinario y crítico del movimiento, la cotidiana fatiga de inmunización del movimiento contra los venenos del revisionismo, la explicación sistemática, a la luz del marxismo, de las más recientes formas de organización de la producción capitalista, el desenmascaramiento de las tentativas del oportunismo de presentar tales **«innovaciones»** como medidas anticapitalistas, etc., todo esto ES LUCHA, lucha contra el enemigo de clase, lucha para educar a la vanguardia revolucionaria, es si queréis,

lucha activa, y sin embargo no activista.

¿Creéis vosotros seriamente que (mientras toda la gigantesca máquina burguesa está comprometida de la mañana a la noche no tanto, poned atención, a refutar la tesis revolucionaria, cuanto a demostrar que a las reivindicaciones socialistas se pueda llegar marchando contra Marx y contra Lenin, y cuando no sólo partidos políticos si no también gobiernos constituidos juran gobernar, es decir, oprimir a las masas, en nombre del comunismo) el áspero y fatigoso trabajo de restauración crítica de la teoría revolucionaria marxista, sea solamente un trabajo teórico?

¿Quién osaría decir que no es también un trabajo político, una lucha activa contra el enemigo de clase? Sólo quien esta poseído por demonios de la acción activista puede pensarlo.

El movimiento, aunque sea pobre de efectivos, que trabaja en el periódico, en reuniones, en discusiones de fábrica, para liberar la teoría revolucionaria de las inauditas adulteraciones, de las contaminaciones oportunistas, cumple con esto un trabajo revolucionario, trabajo para la revolución proletaria.

No se puede decir en absoluto que nosotros concibamos la tarea del partido como una «**lucha de ideas**».

El totalitarismo, el capitalismo de Estado, el hundimiento de la revolución socialista en Rusia, no son «**ideas**» a las que nosotros contraponemos las nuestras: son fenómenos históricos reales, que han despedazado los riñones del movimiento proletario conduciéndolo sobre el terreno minado del partisanismo antifascista, filofascista, de la unión nacional, del pacifismo, etc...

Aquellos que, aunque sea en número restringido y fuera de clamores de la «**gran política**», conduzcan un trabajo de interpretación marxista de estos fenómenos reales, y de confirmación de las previsiones marxistas, no obstante ellos (y nos parece que un tratamiento serio de estos problemas no exista fuera de las fundamentales exposiciones de nuestro Prometeo, en particular del estudio «**Propiedad y Capital**») seguramente hacen un trabajo revolucionario, porque fijan desde ahora el itinerario y el punto de llegada de la revolución proletaria.

La reanudación del movimiento revolucionario no necesita, para realizarse de la crisis del sistema capitalista, en cuanto eventualidad potencial; la crisis del modo de producción capitalista es una realidad, la burguesía ha experimentado todas las fases posibles de su curso histórico, el capitalismo de Estado y el imperialismo son el límite extremo de su evolución, pero las contradicciones fundamentales del sistema permanecen y se agudizan. La crisis del capitalismo no se transforma en crisis revolucionaria de la sociedad, en guerra de clase revolucionaria, la contrarrevolución sigue triunfante aunque aumenta el caos capitalista, porque el movimiento obrero esta todavía aplastado bajo el peso de las derrotas sufridas en treinta años por los errores de método estratégico cometidos por los partidos comunistas de la Tercera Internacional, errores que han conducido al proletariado a considerar suyas las armas de la contrarrevolución.

La reanudación del movimiento revolucionario no se verifica aún porque la burguesía, poniendo en práctica audaces reformas en la organización de la producción y del Estado (capitalismo de Estado, totalitarismo, etc.) ha sacudido enormemente, sembrando la duda y la confusión, no las bases teóricas y críticas del marxismo, que permanecen intactas e intocables, sino más bien la capacidad de las vanguardias

proletarias para aplicarlas justamente en la interpretación de la actual fase burguesa.

En tales condiciones de extravío teórico, el trabajo de restauración del marxismo contra las deformaciones oportunistas, ¿es un mero trabajo intelectual?

No, es lucha sustancial y activa consecuente contra el enemigo de clase.

El activismo fanfarrón pretende hacer girar la rueda de la historia con giros de vals moviendo el culo sobre la sinfonía electoral.

Es una enfermedad infantil del comunismo, pero fermenta maravillosamente incluso en el asilo, donde vegetan los... jubilados del movimiento obrero.

Requiescant in pace...

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

Presentación de "PLAIDOYER POUR STALINE"

Se ha recordado recientemente el cuadragésimo aniversario de la muerte de José Stalin, y una vez más los «**estudiosos**» del tema han ofrecido sus innovadoras explicaciones. Como era de esperar no han faltado sesudos investigadores que han presentado *la ambición y el ansia de poder* de un individuo como fuerzas motrices del desarrollo humano, según el clásico molde de la concepción idealista de la historia, aunque en este caso la falsificación se duplica, presentando a Stalin como defensor del socialismo.

Según la concepción idealista de la historia, son los individuos, y en especial el *Genio*, la *Figura*, el *Gran Hombre*, los que construyen la historia según su voluntad consciente. Otra versión de esa concepción idealista, aún más insidiosa en cuanto que suele reclamarse al marxismo, afirma que no es el individuo, sino las grandes masas quienes *conscientemente* esculpen sus actos en el bloque de la historia.

Para el marxismo, la prehistoria y la historia de la humanidad no son más que el producto de las condiciones económicas de cada época, en las que el hombre, como individuo y como colectividad, aparece como *objeto*, y no como *sujeto* de determinadas leyes inexorables.

El texto que transcribimos a continuación «**Plaidoyer pour Staline**», escrito en plena época de «**desestalinización**» puramente retórica, es una fiel muestra de la aplicación del método materialista de la historia, en el análisis de las fuerzas económicas que llevaron a un individuo, en este caso Stalin, a convertirse en el representante más visible de imparable fuerzas económicas, capitalistas, que irrumpían en el panorama económico y social ruso.

De la misma forma que Alejandro, César, Napoleón... fueron *productos* de las relaciones de producción y de cambio de sus épocas respectivas, expresando los intereses de una determinada clase social, el fenómeno del estalinismo, que no es obra exclusiva de Stalin aunque tome su nombre, encuentra su clave de explicación en la derrota de la revolución proletaria en la Europa capitalista e industrial y en el atraso económico de la Rusia de entonces, aplastantemente campesina, y a caballo entre dos revoluciones.

La teoría traidora del «**socialismo en un solo país**» reflejaba la necesidad ineludible de la construcción de las bases económicas capitalistas en Rusia, proceso que a través del terror blanco más implacable y distorsionador que ha conocido la historia eliminó al Partido Bolchevique, a la Internacional Comunista y con ellos al movimiento revolucionario mundial.

PLAIDOYER POUR STALINE

(INFORME PARA LA DEFENSA DEL ACUSADO STALIN)

(De *Il Programma Comunista*, n° 14-1956)

Todas las Revoluciones se han emborrachado de procesos a los individuos, se han nutrido de inocencias y de culpabilidades, de acusaciones y de defensas. La Revolución que nosotros esperamos no lo hará, si la conclusión de la teoría marxista es, como creemos la Revolución. Dicha teoría no reconoce responsabilidades personales, absoluciones o condenas. Reconoce actos de fuerza, que son necesidades sociales, y no tienen nada que ver con la cualificación jurídica o moral de las víctimas o de los autores.

Por tanto sería de imbéciles si pidiésemos la palabra para defender a Stalin, acusado póstumo. Son las acusaciones contra él lo que ridiculizamos, ya que en extraña concordancia, coinciden en su condena los exasperados enemigos de decenios atrás, cuando era odiado como comunista al igual que los demás comunistas revolucionarios; los exasperados enemigos de los últimos decenios, cuando a nuestro entender ya había desertado del comunismo; y los amigos de estos mismos decenios que hoy le cubren de infinitas infamias.

O se teje la historia de las sociedades humanas como *res gestae* (grandes hechos, hazañas, en latín en el original, ndr.), como empresas llevadas a cabo por grandes hombres, grandes caudillos, bajo cuya genial voluntad los hechos aparecen como en una película, que después los hombres genéricos han recitado masivamente como comparsas; o bien se teje la historia como hacen los marxistas, buscando sus causas motrices en las condiciones de vida física comunes a las masas colectivas, y que las ponen en movimiento sin ser conscientes ni quererlo.

Si se está todavía en la primera visión, no hay por qué asombrarse si ese mismo hombre convertido en «**inmortal**» por la gloria de sus hazañas y por la creencia en su forja de los destinos sucesivos de los pueblos, da un giro hacia la notoriedad con burdas acciones e increíbles vergüenzas, que clasificarían al hombre común como sujeto degenerado y monstruoso.

Recordemos esto empleando un poco el marxismo, aunque por el momento no lo expliquemos: es decir confrontando la descripción de la clase y de la parte que defendió el Hombre famoso, y posteriormente la de la clase y parte enemiga y golpeada. Son precisamente los sujetos y sus seguidores, por frenesí o por vil interés, los que han colocado bajo esta doble óptica, como de costumbre, a todos aquellos con cuyos nombres se ha escrito la historia corriente, a esos a quienes nosotros ridiculizamos llamándoles Battilocchi (en Nápoles, un tipo de marioneta, títere, ndr.).

Un Sabio al que solicitaron consejo político, hizo pasar la hoz a una cierta altura del suelo, cortando del campo rojo de amapolas las flores que más sobresalían, sabiendo que quien sobresale entre sus semejantes debido a una fuerza o valor especiales, lo hace también para hacer daño y actuar cruelmente, con una siniestra capacidad para oprimir a los demás.

Nosotros dejaríamos de ser marxistas, y por tanto estudiosos de la historia, si pensásemos que un exterminio similar de los más Grandes o de los más Canallas, haría que nunca perdiese una batalla esa Revolución de la que somos defensores, y cuyas raíces son connaturales a todos los tallos del

prado humano.

Si quisiéramos seguir la casuística histórica de la doble versión acerca de los grandes hombres «**especiales**» –presuntos motores de los acontecimientos generales, según nuestros contradictores– una vida humana sería insuficiente. No escaparía ningún hombre excelso, profeta o sabio, santo o regidor de pueblos, semidios o semidemonio de las leyendas que nos fueron transmitidas, ni siquiera como reflejo en las obras de literatura fantástica, en las cuales los hombres plasmaron de otra forma sus tradiciones comunes. La sublimidad, y la acción más vil es algo que afecta a todos, como demostraremos. Y por ambas razones todos han sido recordados, o tal vez mejor soñados, por misteriosas transposiciones desde las primeras formas del conocimiento humano y de la transmisión de las enseñanzas del pasado. Es inútil, pues, buscar en este terreno del hombre como causa de la historia, por el que se deslizan tanto los Dulles como los Kruschov (para entendernos), la clave del problema Stalin.

Podremos sondear las religiones y los mitos, que no son otra cosa que las primeras escrituras de la historia social vivida, y que no han sido inventados arbitrariamente y por casualidad, ya que se derivan de sucesivas deformaciones de las condiciones materiales de la vida común, los primeros ejemplos que aunan al genio bueno y al malo, al redentor de los hombres y a la bestia que bebe su sangre. Dios, en cada estadio, es el primer modelo del ser amado y temido al mismo tiempo, en sus tremendos extremos.

Los primeros personajes históricos campan a medias entre lo mítico y lo humano. La tradición que los construye oscila extraviada entre sus preclaras virtudes y sus horrendos vicios. Es más bien lo horrendo lo que se presenta como más apto para el hombre, también en los períodos no antiguos, para elevar a un individuo a los altares.

El recuerdo de las infamias de muchos grandes jefes, señores y soberanos, ha superado en la narración histórica al de sus méritos, y como mucho se han unido sin que la fantasía popular se desprendiese de ellos. ¿Recordamos los feroces sacrificios y estragos de los reyes asirios y egipcios, recordados por la historia por fundar civilizaciones milenarias y realizar obras gigantescas? ¿La regulación del Nilo, las pirámides, las ciudades con muros séptuples, o el saneamiento hidráulico como en la feraz Mesopotamia, que la reina Semíramis transformó de bosque infestado de fieras en alegre jardín, entre las domadas aguas del Tigris y del Eúfrates, para pasar después a la historia como una grandísima puta, ya que es el aspecto sexual de la desviación humana el que inevitablemente aflora alrededor de estos clamorosos nombres? Todo esto sería demasiado largo. Y si los grandes emperadores se impusieron a las poblaciones no fue por los sufrimientos bélicos de las gloriosas campañas, sino por haber sabido triturar ante sus ojos los cuerpos vivos de los prisioneros bajo las ruedas de los carros triunfales. ¿Estamos hoy muy lejos de esto? ¿La morbosa conmoción del civilizado pueblo americano por unos decímetros del intestino de Ike, existiría quizás, sin la alegría de haber aprendido y admirado en las pantallas las grandes masacres de centenares de miles de cuerpos vivos como consecuencia de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, algo que ni Jerjes, ni Ciro, ni Tamerlán, ni Gengis–Kan habrían sabido celebrar?

Quememos etapas. Resulta obvio ligar a la grandeza de los Caudillos sus gestas sexuales con Favoritas de cualquier raza, fruto de sus victorias. Octavio bajó en popularidad algunos puntos ante Marco Antonio y César por haber sido el único que no entró en la alcoba de Cleopatra. La virilidad

con las mujeres se acopla literariamente bien con el valor ante el enemigo, como sucedió con Astolfo que épicamente desvirgó en una noche a once vírgenes y al día siguiente derrotó a doce caballeros; el cartel del desafío fue su propia cabeza.

Pero también la degeneración y perversión sexual más vergonzosa ha condimentado bien las preclaras cualidades de los hombres excepcionales. Sócrates figura como el fundador de la filosofía moral, a pesar de ciertas bromitas con el joven Alcibíades, su alumno favorito. Volviendo a César resulta banal recordar que según Suetonio, sus fieles legionarios –no sus adversarios– le cantaban cuando paseaba triunfalmente, en ese latín adecuado para tratar porquerías: *Hodie Caesar triumphat qui subiegit Gallias–Nicomedes non triumphat qui subiegit Caesarem* (Hoy triunfa César pues sometió a la Galia, Nicomedes no triunfa pero sometió a César, ndr.). Ciertamente o no, el episodio con Nicomedes, rey de Bitinia, ¿es un hecho histórico de peso comparable al traspaso de la forma social romana clásica en la Galia o en Britannia y a los orígenes del Imperio Latino? ¿Estos eventos humanos están condicionados por la fecunda figura de los grandes hombres, o más bien, como sostenemos los marxistas, su fecundidad se debía a fuerzas colectivas, no personales? Caerá el imperio después de haber tenido a Nerón, Calígula, Tiberio, ensuciados según la creencia vulgar, con todos los delitos; pero también las nuevas fuerzas que abrieron la vía humana de César, visto aquí como un invertido, en otro sitio como el más grande general, ingeniero, escritor, historiador, estadista, de un siglo recordado como de oro, abrirán el paso a nuevas formas que tendrán el aspecto de feroces invasores; Atila, castigo de Dios hará que la hierba se seque bajo los cascos de sus caballos, pero hará brotar un mundo original: ¿maldecido, bendecido? Ambas cosas. Igual sucede con los Vándalos, Hérulos, Godos, Normandos y sus reyes con nombres famosos, sus feroces costumbres y las piedades cristianas.

Verdugos y padres de la patria. Santos e Inquisidores. Reformadores y tiranos, se amontonan en la memoria histórica con los mismos nombres, y con las mismas hazañas gloriosas se entrecruzan, sin que a nadie le impresionen ya demasiado, envenenamientos, incestos, parricidios, hogueras y horcas... El juicio moral sobre los nombres hace que cualquiera, dentro de cada escuela, escriba una historia ofuscada e inconexa. Evidentemente las razones de esa historia hay que buscarlas fuera de las infamias, al igual que fuera de las obras maravillosas, de la granizada alucinante de los Nombres Inmortales. Esto debía ser hecho, y fue hecho, por los materialistas históricos.

¿Debemos todavía transcribir las dos presentaciones de la Revolución Francesa, la feudal y la burguesa? ¿Recordar las acusaciones a las bestias del Terror, del Thermidor y de la Restauración? ¿Contraponer la luminosa construcción que explica las apologías y execraciones superadas y estúpidas, dentro del drama vivo de las clases en lucha, en la fuerza motriz de la lucha económica, en el momento en que aparece el marxismo? ¿A partir de este momento palidece todo juicio moral?

Los personajes más recientes no escapan a estas normas. El estallido de la primera guerra mundial se ligó al nombre de Guillermo de Alemania, ídolo para unos, monstruo para otros: todo esto tuvo como premisa una sucia historia de entendimientos con el conde de Eulemburg. Siempre con este arma propagandística del asuntillo sexual se quisieron conducir las batallas políticas, no se salvó de esto ni el Vaticano. Cuando Mussolini estaba en lo más alto circularon rumores acerca de amores lícitos, fueron difamados

sus secretarios y fiduciarios, se utilizó ampliamente, como sucede en todos estos casos, el arma de airear los trapos sucios familiares. ¿Qué no se dijo de Hitler? Los hombres del proletariado también fueron golpeados no pocas veces con estos sucios medios. Ha habido puercos que explicaron de forma obscena el vínculo de Engels con la familia de Marx. A pesar de que la historia del comunismo tiene ejemplos que hacen callar a todos: hombres que quizás como Marx y Lenin no tuvieron otra mujer que su admirable esposa, pese a la teoría sexual profesada. En estos días ha aparecido un idiota que ha hablado de una visita de Lenin a una casa de citas de París, en vez de a la biblioteca nacional, en donde habría cogido una infección. Pero creemos que nunca hemos encontrado a ninguno lo suficientemente marrano como para no hablar con respeto de la inigualable compañera de Lenin, ejemplo excepcional de esposa de un gran hombre, devota únicamente no tanto a su marido como al partido, lo cual recordó virilmente a Stalin señalándole que no era una recién llegada. A estas grandes figuras de Jenny y Nadeshda puede unirse Natalia, la viuda de Trotski.

¿Querriais ahora dilucidar el problema de la dirección histórica, que se liga convencionalmente al nombre de Stalin, a través del hecho verdadero o inventado –que en sustancia, ¿qué importa?– según el cual habría hecho que le llevaran jovencitas, casi niñas?

En esta asquerosa materia, más que unos sistemas nerviosos que ya no funcionan, la suciedad está en las bocas que se deleitan contándolo. Y la política que liga un éxito al uso –repetimos, ya sea verdadero o falso– de recursos tan miserables, no hace sino dar una medida de la bajeza y de la insipiente humana. Pero si se trata de alguien que alguna vez se ha llamado marxista la pendiente bajada es tan profunda y espantosa, que nos encontramos en presencia de cerebros degenerados de un modo cien veces más patológico, que cualquier glándula sexual cuyas hormonas no sigan químicamente la regla general.

Al final de su estudio sobre Stalin, increíblemente rico en material y reivindicado dramáticamente por los acontecimientos posteriores, Trotski, a quien no podremos perdonar nunca el haber sido tan frecuentemente biógrafo y psicólogo, él, grandísimo historiador marxista, concluye con esta frase: **«El Estado soy yo es una fórmula casi liberal comparada con el actual (1940) régimen totalitario de Stalin. Luis XIV se limitaba a identificarse a sí mismo con el Estado. Los Pontífices romanos se identificaban a sí mismos con el Estado y con la Iglesia, pero esto sólo en la época del poder temporal. El Estado totalitario ruso va mucho más lejos que el César Papismo, porque ha sometido igualmente toda la economía del país. Stalin puede decir perfectamente; a diferencia del Rey Sol: la Sociedad soy yo»**.

La distinción entre Estado y Sociedad es fundamental en la teoría marxista y engelsiana. Mientras exista el Estado, son dos entes distintos y enemigos. El Estado es una máquina de clase que pesa sobre el cuerpo de la sociedad humana. Para erigir un Estado, si el marxismo sigue siendo marxismo, no basta con un Hombre, es necesaria una clase social.

Trotski no ha escrito estas palabras más que a título de feroz sarcasmo. Él no ha querido decir que Stalin ha puesto su talón sobre el Estado y sobre una sociedad de cien millones de hombres; haciendo esto habría descendido al nivel de Kruschov que quiere hacernos temblar con el dedo meñique de Stalin.

También Lenin en su *testamento* insistió en el examen psiquiátrico de

Stalin. Este texto puede causar mucha impresión, pero no es el mejor ni el más útil de los textos de Lenin. El mismo Lenin se excusa: estas cosas (el carácter de Stalin, su mala educación con los camaradas) parecen minucias, pero no lo son...

Lenin, como veía claramente su mujer, quería pasar las funciones de Stalin a Trotski, a Zinóviev a Kámenev. Pero solamente porque *él sentía* que esos hombres estaban sobre el camino marcado por diversas fuerzas del subsuelo histórico, y habrían luchado, y él habría luchado –si no hubiese muerto– como todos nosotros, por el partido contra Stalin.

Lenin empezó a estar mal en marzo de 1922. El primer ataque de arteriosclerosis le paralizó el lado derecho y el habla el día 26 de mayo. En el IV congreso del Komintern, del 4 de noviembre al 5 de diciembre de 1922, Lenin participó plenamente: su aspecto físico era formidable, se había recuperado. Pero el 16 de diciembre sucumbió al segundo golpe. Escribió el testamento el 25 de diciembre, el post scriptum el 4 de enero de 1923. El 9 de marzo, pocos días después de la carta de ruptura con Stalin, tuvo el tercero y más tremendo golpe. En octubre de 1923 pareció mejorar levemente; murió el 21 de enero de 1924.

Pero todo aquel que pudo acercarse a Lenin en junio de 1922, durante el Ejecutivo ampliado en el cual no pudo intervenir, vio ante sí a un hombre abotargado, con los ojos cambiados, que hacía visibles esfuerzos para recordar y hablar: y si bien él era precisamente de esos para quienes la historia se hace sin los hombres, o sin *determinados* hombres, salió expresándose ante los camaradas con una frase drástica, irrepetible: estamos definitivamente perdidos, muchachos –poco más o menos.

Todo lo que Lenin expresó al final de su vida hay que adoptarlo pues con cautela. El fenómeno de noviembre–diciembre de 1922 fue sin duda el último fenómeno que la naturaleza podía producir, con la ayuda de los mejores médicos disponibles en Moscú, y el trabajo increíble de Nadeshda, que después del segundo ataque de Lenin tuvo que volver a enseñarle a hablar y a leer como a un niño. Cuando Trotski narra en su libro que Stalin quería dar a Lenin el veneno que le pedía, dice que el médico no excluía una recuperación expresándose así: el *virtuoso* será siempre un *virtuoso*. La palabra, italiana, no nos parece apropiada. Un hombre es quizás la misma persona, para dios, el diablo y la ley, a lo largo de toda su vida; pero precisamente no es siempre la misma Cosa, sobre todo para el médico.

Abordaremos esta cuestión, en breve y para concluir, no según la brillante frase de Trotski ni según las últimas manifestaciones, trágicas, del pensamiento de Lenin. Quien utiliza al Estado, lo utiliza contra una parte, una clase o algunas clases de la Sociedad. El problema es la relación entre Estado y Sociedad. La sociedad es una colonia natural de animales–hombres colocados por la naturaleza en unas determinadas condiciones, a los que dividimos en grupos de condiciones. El Estado es una máquina organizada y formada dentro de la Sociedad, y unida a una parte de la Sociedad. La base del Estado no puede coincidir con la Sociedad de un modo uniforme: esto no es más que la mentira de la teoría democrática y liberal.

La teoría de la Dictadura nos enseña a utilizar una máquina–Estado para nuestro uso. Una nueva máquina, construida con hombres ligados con varios engranajes.

Esta máquina actúa contra las clases derrotadas, pero que aún sobreviven, para destruirlas junto a sus pegajosas y obstinadas influencias; y después desaparece.

Mientras que esta máquina existe, está compuesta de hombres:

escritores, oradores, organizadores, soldados, guardias, policías.

Admitamos que la máquina-Estado debe funcionar con hombres idóneos y seleccionados, que posean determinadas cualidades, e incluso *malas* cualidades según la moral tradicional. No por esto renunciaremos al uso, históricamente transitorio, de la máquina-Estado, del utensilio-Estado, del arma-Estado, de la *porquería* Estado.

Nosotros no proponemos la edificación de un Estado *modelo*, como han hecho todos los ideólogos enemigos nuestros. Nos proponemos, ya que la historia lo impone, liberar a la sociedad del Estado «**vacunándola**» con el uso de un último Estado, bajo ciertas condiciones más cortante y áspero que todos cuanto lo han precedido.

Cuando una forma social, como el actual capitalismo, envejece demasiado, puede aventurarse que el Estado que librára de la misma a la sociedad deberá ser particularmente enérgico. Supongamos que se nos pruebe que en este Estado deberán utilizarse e incluso sacrificarse algunos de los militantes del partido, para llegar a ser subjetivamente despiadados y feroces; ésta no será una razón histórica para volver marcha atrás en el único camino de la Revolución.

Así hablaron y escribieron Lenin y Trotski en su época de mayor eficiencia, ellos que subjetivamente no habrían disfrutado ni siquiera matando a una hormiga (tan sólo una vez Trotski nos habló con su gran sonrisa de «**plaisirs de la chasee**») (placeres de la caza, en francés en el original, ndr.). No tenemos ninguna razón y ningún interés doctrinal de partido en hacer hincapié sobre el *sadismo* de Stalin, y no vemos en ello una clave de la historia: quien quisiera podía mirarle a la cara y hacerle frente, como hizo Nadeshda sin temblar. No fue la maldad o la brutalidad de Stalin lo que decidió esta partida histórica. ¡Muy lejos de ello!

No fue la naturaleza quien creó una monstruosa criatura, sino la historia que se detuvo sobre una forma difícil de la máquina-Estado, a caballo entre muchas fuerzas en choque, entre las que faltó la fuerza decisiva: el proletariado de Europa.

Esta forma histórica se paró en un monstruoso encuentro entre dos formas ya alternativas: *democracia y dictadura*.

La cuestión no es saber si la máquina-Estado puede tener en el vértice un individuo, un sinedrín, o una asamblea popular. Esto es metafísica, no historia.

El Estado revolucionario ruso fue llevado a usar la forma extrema del terror interno; y a chapotear fuera de sus fronteras en la defensa de la lascivia democrática y popular –por todas partes y siempre mentirosa.

Todos los fenómenos monstruosos surgieron de este incesto de formas históricas, que trataron de evitar vanamente tendencias, propuestas, resistencias y oposiciones: permanecer fuera de los parlamentos en occidente, salvar en Rusia al partido obrero de la asfixia del Estado del campesinado burgués, no ensuciarse en los bloques antifascistas. La superación estaba inmadura, era imposible (¡incluso si Lenin hubiese rejuvenecido!) sin la revolución en Occidente.

De este incesto de fuerzas históricas surgió el *Minotauro* Stalin, pobre forma pasiva sin vitalidad, fecundidad y responsabilidad; ni bestia ni hombre, ni sujeto de procesos, condenas o rehabilitaciones.

Según las miserables explicaciones actuales la anormalidad o no del gobierno de Stalin podría juzgarse según principios *comunes* sobre la validez y la rectitud en la dirección de los Estados, propios de criterios comunes con una base *civilizada*.

En esta tentativa de los confundidos deificadores de Stalin en el pasado es donde está el error: a las fuerzas enemigas en la historia les falta éste terreno común: un solo medio de discusión discurre entre ellas, y es la fuerza; en definitiva, estará equivocado quien muerda el polvo. Todo lo demás es una sucia prostitución ante la ideología burguesa, y los falsos comunistas actuales de Occidente tienen el atenuante de haber creído siempre en ella, lealmente, *honestamente*, sin haberse acercado ni siquiera un *poquito* al marxismo; en esa ideología burguesa es en la que hoy se sumergen con los pulmones vacíos. La legalidad burguesa es su atmósfera, y nunca han estado fuera de ella: de lo contrario perecerían. Sólo una burguesía que huele su propio hedor cadavérico, puede temer algo de estos hombres: tienen su perfume.

Tras las últimas contorsiones se dice en Rusia que Stalin violó la *legalidad revolucionaria*, la legalidad soviética.

Stalin tenía el mandato de dirigir una dictadura o de respetar una legalidad. Lenin había escrito: ¿qué es la dictadura? Respondiendo él mismo: UN PODER CONQUISTADO Y MANTENIDO POR LA VIOLENCIA DEL PROLETARIADO CONTRA LA BURGUESÍA, UN PODER «**NO VINCULADO POR NINGUNA LEY**».

Stalin y sus viles jenizaros no tenían que respetar ninguna legalidad, ya violada por ellos. Para su desgracia y en su irresponsable impotencia han estado nuevamente *vinculados*, dentro y fuera del telón, por las leyes económicas, jurídicas e ideológicas de la asquerosa ciénaga social burguesa.

La dictadura del mañana, importa poco que tenga al frente a un coloso como Lenin, o a miles de valerosos militantes, o a millones de simples proletarios, no solicitará excusas ni máscaras de legalidad y de constitucionalidad, de consensos populares y de *emulación* de los enemigos radicales. Actuará erguida, clara, luminosa y brillante, limpia de la vergüenza con que la acusan hoy los desgraciados difamadores, que hacen de ella, en vez de una fuerza renovadora de la historia de un mundo, un feroz jugueteillo capaz de ser dirigido con el dedo meñique por el Hombre Negro.

El último de los crímenes atribuido a José Stalin es la proposición que hizo en 1953, de incrementar en 40 mil millones de rublos las entregas de los campesinos al Estado, es decir, a la economía industrial, es decir, al famélico proletariado ruso.

La motivación es vilmente reformista, minimalista, apestando totalmente a oportunismo pequeño burgués: Stalin *no estaba sobre el terreno*, en el campo, no echaba *cuentas*, ya que se creía un genio; aseguró que a cada campesino le bastaba con comer un pollo menos. En efecto cada uno de ellos no habría dado más de 500 rublos al año, unos pocos miles de liras en valor real. El argumento de que Stalin veía en las películas las mesas campesinas llenas de ocas y pavos es innoble: ¿era él sólo quien las rodaba y proyectaba?! El argumento de que en ciertos años los koljós habían obtenido del Estado sólo 28 mil millones como precio de sus mercancías, sólo quiere decir que por la tierra (y lo demás) en usufructo pagan cifras irrisorias. Se lo han robado a la Revolución.

Stalin desaparece después de una última idea que es una exhalación de bolchevismo en el *último* de los ex-bolcheviques. Desplazar, en la economía capitalista de Estado, una mayor parte de la renta de la semiburguesía agraria y de sus agentes, a los trabajadores asalariados.

Es necesario enterrar, sin construir mausoleos, esa idea tan difícil de quitar de nuestras pobres cabezas, de que los hombres, ya sean Stalin,

Trotsky o Lenin, puedan fabricar la historia. **«Three, who made a revolution»** ha escrito malamente el válido anecdotista Bertram Wolfe. ¡Tres que hicieron una revolución!

Todos los textos usados en el informe de Kruschov, además de estar en circulación en Moscú desde 1924, han sido publicados por Trotsky y en todo el mundo desde hace decenios. Pero hasta ahora se ha hecho creer a decenas de millones de trabajadores de todos los países, a centenares de millones, y lo habrían jurado cien veces, que eran falsificaciones creadas por agentes burgueses –del calibre de todos nosotros.

Trotsky ha dicho cosas realmente *ciertas*. Así, cuando en la sesión del Comité Central, Kámenev leyó el **«testamento»**, Stalin, **«sentado en los escalones de la tribuna del Presidium, a pesar de su dominio sobre sí mismo, se sentía pequeño y miserable»**.

Esto sucedió antes del XII congreso del partido, celebrado en abril de 1923, Lenin estaba vivo pero no pudo asistir.

¿Hoy solamente son válidos estos textos para destruir a Stalin, ya muerto? ¿Y no destruyen a todos los que lo sabían desde hace 33 años, tiempo suficiente para clavar a un Cristo en la cruz, y ahora lo **«revelan»**?

Trotsky comenta también las palabras de Krupskaya: **«Volodya (diminutivo ruso de Vladimir) decía siempre: él (Stalin, al cual Nadeshda no nombraba pero señalaba dirigiendo un gesto con su cabeza hacia su alojamiento en el Kremlin) está desprovisto de la honestidad más elemental, de la más simple honestidad humana»**. Habla un hombre consumido por la enfermedad, una mujer al límite de la abnegación y del dolor, otro hombre derrotado y proscrito. Volodya, León, Nadejdá, muchos hombrecillos como nosotros, debíamos comprender que el deber hacia la causa y el partido habría sido arrojarnos sobre Stalin, siendo, si era necesario, más deshonestos que él. QUE ÉL. Sustantivando este pronombre, tontamente se le hizo también, precisamente por sus propios enemigos, un pedestal idiota al falso malvado Benito. Nos reíamos de esto con nuestros compañeros de prisión: ¿de qué animal con sexo masculino estáis hablando?

También el ardiente Trotsky parangona a Stalin con Nerón, con Borgia y explica la razón marxista: **«Estamos viviendo una época de transición de un sistema a otro, del capitalismo al socialismo. Las costumbres del decadente imperio de Roma se formaron durante la transición del esclavismo al feudalismo, del paganismo al cristianismo. La época del Renacimiento marcó la transición de la sociedad feudal, a la burguesa, del Catolicismo, al Protestantismo y al Liberalismo»**.

«También Nerón fue un producto de su época. Pero cuando murió sus estatuas fueron derribadas y su nombre borrado por doquier. La venganza de la historia es más terrible que la venganza del más poderoso Secretario General. Me aventuro a creer que en esto hay algo de consolación».

Todo esto es magnífico y potente, propio de un luchador tan formidable, de un campeón de la voluntad y del coraje humanos. No obstante nosotros, diminutos, rectificaremos con carácter teórico, y no polémico, algunas otras frases del profético pasaje.

«En ambos casos (Imperio y Renacimiento) la moralidad antigua se había destruido a sí misma, antes que la nueva se hubiese formado». Como para los marxistas no se trata de *fundar* un nuevo Estado,

tampoco tendrán necesidad de una nueva *moral*. Y, si la tuviesen, no figuraría en ella la Venganza, y mucho menos el consuelo que la venganza proporciona al buen combatiente derrotado. Pero: «**Una explicación histórica no es una justificación**».

Expresando una vez más nuestra admiración por Trotski, teórico de los más grandes, nosotros proponemos como epígrafe para Stalin, después de los prolijos epicedios entonados sobre su tumba profanada, una tesis distinta y más grande.

Una explicación histórica siempre es una justificación.

POLITIQUE D'ABORD! (¡POLÍTICA DE BURDEL!)

(De Battaglia Comunista, nº 15-1952)

Como es muy conocido hasta para los lectores de las revistas políticas ilustradas, la frase ha vuelto a ser lanzada en Italia por Pietro Nenni desde los primeros días en que se trataba de *recoger* la *herencia* de Benito Mussolini.

¿Qué sentido podía tener ésta exigencia, todavía actual después de casi un decenio de peleas? Tal frase, finalmente dicha, expresó y expresa en modo casi *leal* el verdadero contenido de la misérrima vicisitud de las luchas entre los grupos políticos sucesores del fascismo italiano.

A partir del verano de 1943, vía Sicilia, vía Salerno y vía Anzio, enfureciéndose en las vías de comunicación de la retaguardia con una prisa que estaba totalmente ausente en los cuerpos combatientes americanos y asociados (a los que les paralizaba las piernas la noticia de tener enfrente a descarnadas secciones germánicas), parte hacia Roma una banda, o mejor un mosaico de pequeñas bandas, de opositores, de perseguidos, de exiliados y no pocos casos de asqueados por el encuadramiento fascista que gobernaba aquí. Los jefes políticos y los ministros «**in pectore**» de la *nueva era* están todos bajo el síndrome de abstinencia por el largo ayuno de poder y de movimiento político.

Desde la derecha a la izquierda toda esta gente no expone programas y principios universales, o internacionales: ningún grupo de dirigentes se prefijó orientar su acción en Italia hacia el resurgimiento de movimientos y partidos que luchan por una nueva y revolucionaria palingenesis de la sociedad europea y mundial. Para todos ellos termina la lucha armada con la victoria de los ejércitos de desembarco y la ruptura de las últimas líneas y formaciones alemanas; tratándose de pasar a rehacer, a reordenar *Italia*. Ningún partido de lucha, de oposición y aún menos de revolución: todas como partidos de administración y de gobierno, todos investidos como herederos de la ya descontada revolución, o segundo resurgimiento italiano, que está a caballo de las *gloriosas* fechas: 25 de junio, 8 de septiembre y 19 de mayo, en que del suelo llameante de la patria se alzaron mariscales imperiales, reyes, emperadores, príncipes herederos y pontífices romanos ¡y capitanearon las insurrecciones!

¿Cuál es la mayor premura de estos grupos dirigentes ansiosos por probarse, volviendo a pisar la tierra una vez más *redimida*? Repetimos, si hubiesen avanzado, acosado y vencido por un postulado revolucionario general, por la conquista del poder en Europa y en el mundo por la clase proletaria, y por consiguiente, por el desmantelamiento de la sociedad capitalista, que había parido y parirá fascismos y guerras, desde el primer momento habrían estado preparados y maduros para la acción: organizar, propagar y encuadrar a las masas para el asalto demoledor contra los pilares del régimen burgués *también* en la recuperada Italia. Pero no; los grupos dirigentes sólo tienen el propósito de poner fin a toda lucha y choque violento; y dedicarse a la reordenación inmediata del país, según dicen, arruinado por los veinte años de mala administración y ladrocinio fascista, y por cuatro años de guerra, militarmente, en verdad, no obligatoria, si no catastrófica por los bombardeos despiadados «**de propaganda**» de los civilizadores y libertadores.

Con tales propósitos habría sido lógico detenerse, observar el entorno,

estudiar, comprender la situación contingente –contingentista por la piel– de este país en que volvían a restablecer el buen gobierno, la sana administración, y reivindicada autoridad para los *competentes* perseguidos (¡oh infamia!) por motivos ideológicos. Por tanto, examinar los problemas técnicos, como a ellos les gusta decir, y dedicarse a preparar en el campo administrativo, legislativo y social las tan esperadas «**reformas de estructura**» para satisfacer a un pueblo que, después de la dominación fascista, está *sediento de justicia*.

El tal Pietro Nenni, en ésta fase, sólo fue el menos hipócrita de todos ¡Pero que estudiar, pero que comprender, pero que ver cuales eran las mutaciones de estructura social entre 1922 y 1944 (el reformismo huele que apesta, y precisamente por esto podemos decir con tranquila serenidad que eran mutaciones positivas en cuatro quintas partes, mientras que desde 1944 hasta hoy son negativas en cuatro quintas partes), pero que es eso de dedicarse a preparar leyes sociales y planes de reconstrucción sensatos! ¡Pero que es llevar la solución de estas cuestiones al nivel de la amplia masa, rehabilitándola del sometimiento y del desprecio fascista que le había reservado toda función decisiva a la jerarquía oligarquica! ¡Pero que; pero que: *politique d'abord!*

El derecho a establecer los destinos de Italia, por ley histórica, con un golpe de varita mágica, pasa del grupo de los perseguidores al grupo de los perseguidos más ilustrados (no hay nada de malo si se nos escapa más de uno tan poco ilustre como en nada perseguido); las urgencias de la historia no dejan al tiempo que pase la necesidad al «**pueblo**», al que ha bastado con *liberar* y alimentar de himnos a la democracia, siendo automático que cuando ésta vence de cuando en cuando en el lugar del carcelero consigue que se siente el encarcelado.

Y ahora lo que urge es repartirse la torta de los poderes y de los puestos (dice Nenni, expresando audazmente el pensamiento secreto general), y por añadidura luchando entre ellos según el potencial que se deriva de cuanto tienen tras sus espaldas –y habiendo quien se apoya en el británico, quien en el yanqui, quien en el galaico, y quien en el cosaco, en nombre de Italia– y de cuanto tienen ante sí como posibilidades de jugar movilizandolos a los futuros electores que, tras haber jugado la partida, y con la vergüenza de la memoria fascista, serán convocados a votar libremente.

Claro que en períodos similares de hábiles maniobras sobre el tablero las «**masas**» y el «**pueblo**», invocados a cada paso, están fuera de juego. ¿Son pues relaciones entre *partidos*, cada uno de ellos bien definido y ligado a una tradición histórica propia de programa y de lucha, y por tanto, claramente reconocibles como expresión de intereses sociales? No; el remontarse a los partidos, admitiendo que un partido en período de fuertes y súbitas ofensivas, puede bien actuar sin la ligazón ininterrumpida con una base amplia, a través de pequeños grupos y comités clandestinos y exteriores (desde el extranjero) si llega el caso, no basta para explicar la dinámica de un acaparamiento similar.

En el caso de Nenni precisamente dicho *partido* cuando menos es mutable. Nenni es el portavoz del Partido Socialista que al inicio de la fase veintenal de *paréntesis* es el enemigo más fiero de la Internacional de Moscú y del Partido Comunista. En 1943–44 su partido todavía debe romperse en dos y después en tres troncos, radicalmente divididos por el sometimiento a los rusos por una parte y a los americanos por otra. Y si seguimos con el análisis de los otros partidos la historia es igualmente válida: la tradición veintenal es igual de retorcida en cuanto al apoyo y a la oposición al

fascismo, y en cuanto a la actitud frente a la monarquía, o frente a la iglesia: nos ahorramos el examen.

Politique d'abord, entonces no sólo quiere decir: retroceso de la masa y de la base, retroceso también de la realidad contingente de las situaciones económicas, técnicas, constructivas y administrativas; que estén en escena las formaciones políticas en que se divide la nación, o sea los partidos. Quiere decir también retroceso de estos, que aún no se han alineado ni se han puesto en movimiento (ni tampoco se librarán primero de un conformismo único «**risorgimentale**», luego de una copia de conformismo convencional y retóricamente adverso entre sí, que ya serán rescatables por la pasividad del estilo del veintenio, y si se quiere de estilo popular-progresiva). Y entonces, ¿si las clases y los partidos no están en escena, la fórmula, descarada pero verdadera, a que relaciones de fuerza se refiere? ¿Cuáles son los actores que están en el escenario, aunque se indague después si los actores y en especial los protagonistas no fuesen marionetas de cuyos hilos están tirando? Todo se reduce a una intriga entre personas, entre «**personalidades**», entre «**hombres políticos**»; esto viene confesado abiertamente. Y desde 1944 hasta hoy (1952), tras ésta lacrimógena escena, y mejor que nunca, mucho mejor que el veintenio, el capitalismo y las intrigas más descaradas en los negocios, son los que devienen un arte cada vez más anónimo, se enfurecen en su dictadura: Italia, que dicen aquellos señores que les importa más que sus principios universales de partido, Italia está administrada del peor modo de su historia, no sólo reciente; como burócratas administradores y técnicos se hacen más necedades que nunca, se roba más que lo que se ha robado nunca. Y este estado de cosas es responsabilidad, dado el método establecido, en igual medida a los partidos que están en el gobierno y a los partidos de la oposición constitucional, colaboracionista y «**nacional**».

Los encuadramientos de las masas, ahogadas en el conformismo y en la corrupción reformista asistencial y de beneficencia, que desarrolla la extensísima línea fascista, están pues desvinculadas de la línea «**de clase**», están desvinculadas de la guía «**del partido**», y están obligadas a orientarse solamente en la guía de «**Hombres**», de «**Jefes**», de «**Nombres**» famosos.

Los partidos que pretendían continuar el filón de los proletarios ya no esconden el haber adoptado ésta, y nada más que ésta brújula: muertos convertidos en dioses (deificados) de una parte, y elevados a los altares (menos peligrosos como personas físicas, pero siempre peligrosos por el uso traidor de su forma), viviente e idolatrados como Padres, Mejores o Perfectos, a cuya función dirigente se le atribuyen todas las virtudes para hacer la historia. Al esfuerzo gigantesco del marxismo originario que demostró que la economía es *política*, la lucha social es *política*, la guerra civil es *política*, se subroga hoy la innoble admisión de que es política no el choque del amplio trasfondo de los intereses de las clases y de los partidos que se enfrentan, por y contra las revoluciones, sino que es política el bajo ensalzar a un tipo con nombre muy conocido, la admiración cretina, la adulación más vil, por parte no de un individuo atontado, que importaría muy poco, sino de las colectividades organizadas.

AYER

La facilidad con la que se verificó el fenómeno del oportunismo, que equivale a conquista socarrona (que en un cierto momento explota) de las organizaciones de la clase dominada por parte de la clase dominante y de

sus poderes, se derivó también, junto a todo el juego de los formidables recursos que posee el aparato tradicional de las *formas* de producción, de éste abuso realizado en las filas revolucionarias del culto a las personas y a los nombres. Citad los trillados ejemplos (pocos) de dirigentes proletarios que han *realizado* toda su vida militante sin desertar y doblegarse: y sólo entonces mantendremos en pie la tesis de que el elemento *seguido*, con admiración, confianza, apego, incluso a éstas personas y a estos nombres no ha sido un elemento de deterioro y dañino.

Alguien tiene todavía en los oídos el clamor del aplauso arrancado por Mussolini en el congreso de Reggio en 1912, en la invectiva contra Bonomi, Cabrini, Bissolati y Podrecca: «**el partido no es vitrina para hombres ilustres**». Sin embargo, la perorización venía de un «**vitrinista**» nato, como mostraron los hechos sucesivos, y basta reflexionar con que varios decenios después el odio proletario contra Mussolini era suficiente para volver a darle virginidad a los traidores Bissolati y Bonomi, muertos en olor de santidad: así son las masas en el terreno de los juicios sobre las personas, flacas de memoria y falaces.

Sustituida la fe ciega en un nombre por el respeto a los principios de las tesis, de las normas de acción del partido como ente impersonal, asegurada por el favor ingenuo de las masas y de los mismos militantes la influencia de una persona, que a la pruriginosa ambición, latente o no, acompañaba dotes (al menos noventa y cinco veces sobre cien absolutamente espurios), ingenio, cultura, elocuencia, habilidad y coraje, consiguieron hacer históricamente posibles los fenomenales giros, los increíbles virajes de abordó, con los que partidos enteros y notables fracciones de partido rompieron la línea de su doctrina y de su tradición, e hicieron, es cierto, que la clase revolucionaria abandonase o invirtiese sin rodeos su frente de combate.

Estratos de militantes y masas proletarias encajaron de modo increíble mutaciones extraordinarias de formulas y recetas; y cuando no cayeron en el engaño tuvieron fluctuaciones fuertes. Por ejemplo, fracasó Mussolini en el intento de arrastrar al Partido Socialista Italiano a la borrachera de la guerra, pero en la sección socialista de Milán, que en octubre de 1914, por unanimidad le expulsaba, osó gritar al marcharse: ¡me odiáis porque me amáis!

Una larga y trágica experiencia debería haber enseñado, pues, que en la acción de partido es necesario usar a todos según sus variadísimas aptitudes y posibilidades, pero que «**no es necesario amar a nadie**», estando prestos para arrojar fuera a cualquiera, aunque hubiese cumplido sobre cada año de vida once meses de cárcel. La decisión sobre las propuestas de acción en los grandes momentos debe conseguir hacerse por encima de la «**autoridad**» personal de nuestros líderes y dirigentes, y en base a las normas prefijadas de principio y de acción de nuestro movimiento: postulado difícilísimo, lo sabemos bien, pero sin el cual no se puede prever por qué volvería a aparecer un movimiento potente.

La exaltación por las «**res gestae**», por las gloriosas hazañas de éste o de aquel pretendido caudillo de multitudes, el oleaje oceánico a su arrojo, a sus comportamientos, siempre ha servido de pasarela para las manipulaciones más sorprendentes de los principios del movimiento. Seguidores y jefes muchas veces habían visto la exterioridad dramática de la lucha de «**tal modo**», que habían ignorado, olvidado, quizás no habían penetrado nunca, las «**tablas**» de teoría y de acción sin las cuales no hay

partido, no hay ascensión y victoria de las revoluciones. Y por eso, cuando el jefe se hunde a si mismo y a los otros, cambiando las cartas, en miles de casos tiene lugar el extravío.

Nos hemos detenido cientos de veces en los ejemplos. Estalla la guerra imperialista de 1914 y en todos los países de Europa, auténticos dirigentes, incluso teóricos, del socialismo, afirman que es coherente con los principios el apoyo proletario a la guerra. Los argumentos son de lo más desvergonzado: en Francia, Alemania e Inglaterra, deserta la mayoría con todos los individuos más conocidos, en Italia por ejemplo es una minoría, pero está Mussolini precisamente, jefe del ala más revolucionaria; y todavía, cronológicamente, antes que él, muchos otros. Toda ésta gente ha realizado miles de veces la explicación del «**Manifiesto de los Comunistas**»; hoy, impasible, declara: es verdad que «**los proletarios no tienen patria**», pero ésta expresión es válida para el período que precede a la victoria del proletariado. Ahora bien, el texto dice que ésta, llevando al poder a la clase más numerosa, sería la verdadera «**conquista de la democracia**». Conclusión audaz y brillante: en todos los países, aunque sean capitalistas, en los que hay electorado y parlamento, los proletarios han tenido una patria ¡y no debo defenderla!

Algo se hundía bajo los pies de todos los revolucionarios, y mientras que en Italia los socialistas del ala extrema se recuperaban y echaban a Benito, que aturulladamente había pasado a la tesis: ¿cómo dejar degollar a la libre Francia, como dudar entre Inglaterra y los despóticos imperios de Centroeuropa?! Lenin tenía que abofetear a Kautsky, maestro de los marxistas radicales, que llamaba a la defensa de la democracia germánica contra el zarismo; y aun peor enterrando vivo a su gran maestro Plejanov, teórico formidable del marxismo ¡Qué defendía sin rodeos la unión sagrada con el zar de Rusia!

Hecho todo de nuevo, todo reorganizado, levantaba la bandera del fango, todo ha vacilado y se ha hundido de nuevo, puesto que los dirigentes de la Tercera Internacional y de la Revolución rusa de ayer, una vez que le asegura a sus «firmas» el monopolio, han podido volver a imponer *las mismas* posiciones –sin ser abandonados por el grueso del movimiento– de principio y de acción ya humilladas: defensa nacional, colaboración gubernamental, bloque democrático, legalitarismo constitucional, y, con la continua cobertura de las viejas glorias personales de los vivos y de los muertos, cada día pretenden que toda esta suciedad sea consecuente con la teoría y la política de Marx y de Lenin.

¿Qué maravilla que un Nenni, tras haber dicho cándidamente: aquí no es cuestión de visiones filosóficas sobre el devenir del mundo y de la humanidad, y tampoco de poner en marcha útilmente campos, empresas o ferrocarriles en Italia, sino sólo de vérselas entre unas pocas docenas de divos del escenario político, en la subida y en el descenso de las acciones personales, adquirido el derecho de pisotear los principios fundamentales con divina indiferencia? En el artículo escrito después de que le haya llamado el hombre más peligroso de Europa, explica que ha sido él quien ha cerrado la fase revolucionaria (¡!) de la inmediata posguerra para pasar a la *distensión y a la paz*. [¿Qué accidente de fase revolucionaria? Entonces estaban en el gobierno de un Saboya, ahora están en la oposición ardiente: ¡eran guapos y un montón ya en 1943, y antes, entre frailes y siervos de la corte!]. Y publica, como cosa muy conocida, un teorema de este género: si es verdad como es verdad, que *la clase obrera expresa intereses universales y*

generales...!

¿Qué más se podría decir? ¡La clase obrera no expresa y defiende *sus intereses contra* los de la clase burguesa, sino que aconseja, a través de sus grandes jefes, el mejor camino para la convivencia de ambas en la arcadia de un gobierno italiano nuevamente tripartito (DC-PSI-PCI), y en un pacto de alianza Washington-Moscú! Y entre tanto, ni un obrero de miles consigue contrastar estas tesis con las fundamentales de Marx sobre la lucha de clase y sobre la dictadura de clase, con los criterios fundamentales por los que negamos en origen que se llegase en la historia a «**valores**» y fines comunes para todos los hombres, definiendo siempre tales formulaciones sucesivas como modo de disfrazar los intereses de una determinada parte, clase, de la sociedad...

La desfachatez y la ignorancia de los dirigentes que arrivistamente arriban, hecha los fundamentos sobre la supina adhesión de los rangos, en los que todos han vuelto a dejar el «**control**» sobre el respeto a los canones del partido a la trillada formula: lo ha dicho él.

HOY

Si existe una salida para éstas alternativas desastrosas de la lucha del proletariado, ésta radica en coger por los cuernos la vieja cuestión del mérito y del demérito de los hombres, consiguiendo liberarse del criterio dominante de dejar a los dirigentes (aun si eran grandes luchadores) el arbitrio de innovar y desbaratar las reglas de la normativa común e impersonal.

En las polémicas sobre personas y entre personas, al uso y abuso de los movimientos, viene sustituido por el control y la verificación sobre las enunciaciones que el movimiento, en los sucesivos y duros intentos por reordenarse, pone en la base de su trabajo y de su lucha.

Un síntoma del hecho de que a través de procesos más o menos complicados, dados elementos se dejan llevar por la voluntad de tener una parte en dicho escenario, por la lujuria de escuchar de nuevo retumbar su propio nombre, y por el capricho de ser llamado jefe y titular de un «**currículum**» de méritos, y de altas pruebas está en la desenvoltura, a menudo inconsciente, con las que fácilmente se demuestra no haber zarandeado nunca las directrices básicas, y de improvisar en un momento dado desacuerdos con tesis a las que durante años no se le habían encontrado excepciones; o viceversa, adherirse a tesis de las que se había aceptado la condena abierta por parte de la organización.

Habiendo tenido fenómenos de tal naturaleza, desgraciadamente, incluso en el seno del pequeño movimiento que recoge a los adversarios de la degeneración estalinista, de la tercera oleada de oportunismo en la historia del proletariado, no es posible no poner en relación los dos aspectos: la probada ignorancia y el abandono de las tesis de base del partido, la tardía posición de contratesis que desde el inicio del planteamiento programático eran descartadas por unanimidad sin protesta o reservas de nadie, y el reaflojar del personalismo, de la manía de hacer «**verdadero trabajo político**», de valorar los problemas del partido como relaciones de personas y de grupitos, de resolverlos no con formulaciones de principio y de método sino con ridículas «**garantías**» que dados hombrecillos se presten, se prometan o se insidien.

El pequeño movimiento que inspira estas páginas ha realizado un

trabajo poco ruidoso, pero no por eso menos notable, ahora ya durante el espacio de ocho años, tendiendo por un lado a volver a presentar todo el programa con coherencia, unidad y organicidad entre texto y texto, trabajo y trabajo, de modo que de la afrontada construcción de las diversas estructuras sean inseparables, y por consiguiente, se deban tomar todas o dejarlas todas –y de otra parte, sustrayéndose a cualquier paternidad personal gracias a una incesante y obstinada demostración de que nada ha sido no sólo improvisado sino tampoco descubierto, y que solamente se recalcó de un modo firme las clásicas líneas de la izquierda marxista, o sea del sólo marxismo, y de la defensa que hicieron las fuerzas de varias generaciones y de todos los países contra las tres sucesivas e históricas inundaciones oportunistas, que vencieron a tres internacionales.

Ahora bien, es extraño que críticos tardíos, después de tantas y tan remachadas repeticiones, no se hayan dado cuenta que durante ocho años han aceptado tesis, que luego, caídos en un extravío curioso, vienen *d'emplet* (de golpe) a repudiar. Si ha sucedido esto, no es extraño que venga de una especie de tendencia –vieja, viejísima solfa– que tiene el *dada* de los hombres, de la acción y del activismo de los hombres... Estos, con inicial pequeña o grande, querrían mostrarse como instrumentos necesarios del movimiento revolucionario, en realidad es al segundo al que les gustaría someter a pequeñas emociones y satisfacciones epidermicas de los primeros.

Aún antes de que los grupos italianos del sur y del norte se pudiesen comunicar, y por tanto, desde 1944, fue aportado un texto o «**Plataforma de la izquierda**» que luego sirvió de base común. Tal texto, dividido en capítulos, apareció en varios números de *Prometeo* más tarde, entre 1946 y 1947. El primer número de la revista, de julio de 1946, en «**Tracciato de Impostazione**» (El Curso a Seguir, El Comunista N° 10–1986) remachaba los mismos conceptos. Y finalmente, en el N° 3 de octubre de 1946, encontró espacio un Suplemento a la Plataforma, también publicada en capítulos, escrito a finales de 1945, después de la paz y con los primeros síntomas del conflicto entre soviéticos y occidentales. Puntos, que hoy habrían levantado dudas teóricas, estaban desde entonces y sin objeciones, solida y repetidamente establecidos: esto basta para establecer que los elementos desbandados de hoy usan el trabajo de principio de modo artificial, y por enésima vez dan ejemplos del peor método, desfigurando las directrices teóricas y programáticas, por la sobrevenida impaciencia, proveyendo a... «**politique d'abord!**».

Tomaremos el punto del llamado indiferentismo respecto a un nuevo y eventual conflicto imperialista, que quiere prohibir, que preveamos los distintos efectos de las distintas alternativas de la guerra, que se obstina en detenerse en una identificación en bruto de todos los «**capitalismos**» iguales entre sí, bajo todos los climas, que grita escandalizada si se reclaman las conocidísimas tesis marxistas, engelsianas, leninistas, sobre el distinto peso histórico y social de las guerras en los diversos períodos y los diversos continentes. En el fondo, un nuevo y muy banal «**revanchismo**», como con el que –atacado fieramente por la izquierda italiana, incluso donde disentía de Lenin sobre la táctica– fueron rechazadas con duras meninges de viejos militantes las tesis nacionales, coloniales y agrarias de la III Internacional. Es extraño pues que estos serratianos renacidos y neo–imperialistas, defensores del dualismo vulgar, que reduce todo a la cantinela: obrero contra patrón, se reclaman a las coevas tesis de Lenin, precisamente y sólo donde él engulló el método parlamentario en occidente. Extraño y muy «**político**» ¿verdad?

Ahora bien, estos no leyeron en aquel suplemento de *Plataforma* (Prometeo N° 3, p. 119), también precedido de una presentación, que hacia de él un texto comprometido con los fines doctrinarios y prácticos, la larga demostración marxista de las guerras y contra el «**indiferentismo**», llamado precisamente con nombres y apellidos.

Pero si el público conocía aquel texto en octubre de 1946, en el partido era conocido y aceptado, explícita y no tácitamente un año antes.

«...por cierto si contra el planteamiento entonces delíneado se lazara la acusación (o sea, contra la doble crítica de las entonces – 1946– incipientes “cruzadas” a las que se llamaban a la clase obrera: la occidental contra el totalitarismo y por la libertad, la oriental por el nacionalismo soviético y popular contra el capitalismo) de dogmatismo, apriorismo y de ciego indiferentismo, contra las multiformes posibilidades de desarrollo de la realidad histórica».

«Adoptáis algunas fórmulas fijas: *Lucha de clase, Intransigencia, Neutralidad*, los comunistas de izquierda, sin tomarse la molestia de realizar el análisis de las situaciones en un atormentado devenir, concluirían siempre, por una estéril y negativa indiferencia teórica y practica entre las extrapotentes fuerzas en conflicto».

«Es posible para los marxistas, o sea para los defensores del análisis científico, sin prejuicios y libres de dogmas aplicados a los fenómenos sociales e históricos, afirman que sea precisamente *indiferente* durante todo el desarrollo del primero que llevará del régimen capitalista al socialista, la victoria o la derrota, ayer de los imperios Centrales, hoy del nazi-fascismo, mañana de la plutocracia americana o del totalitarismo pseudo-soviético. Con esta tesis insinuante el oportunismo ha iniciado siempre, y hasta ahora, ha vencido sus batallas».

«...nosotros afirmamos sin más que las distintas soluciones no sólo de las grandes guerras que abrazan a todo el mundo, sino de cualquier guerra, incluso más limitada, han correspondido y corresponderán muy distintos efectos sobre las relaciones de las fuerzas sociales, en campos limitados y en el mundo entero y sobre las posibilidades de desarrollo de la acción de clase. De esto ya han demostrado sus aplicaciones en los más diversos momentos históricos Marx, Engels y Lenin, y en la elaboración de la *Plataforma de nuestro movimiento se debe dar continua aplicación y demostración*».

¿Podía escapar una posición tan concisa? Evitamos citar la larga página siguiente que desarrolla dialécticamente la demostración de que estos efectos diversos de las guerras van previstos, pero en la fase histórica presente y en la Europa desarrollada capitalistamente, toda coalición bélica por parte de los partidos proletarios es traición.

El mismo planteamiento está reclamado en el «**Tracciato di impostazione**» (Prometeo N° 1, pp. 11–14) y en la primera *Plataforma* (N° 6, p. 265) donde está claramente desarrollada la utilidad de la hipótesis de la victoria de Hitler. Evitamos las citas. Quien hubiera conocido estos textos sabía que ellos concluían –orgánicamente repetimos, incluso decentemente se pude rechazar todo, pero nunca una sólo parte– directamente a la demostración de estas conclusiones. 1° El desenlace de las guerras entre Estados influye de modo muy diverso en la lucha social de clase. 2° Los marxistas rechazan toda definición de «**guerra ideológica**», de explicación

de la guerra como cruzada deliberada por fines de principio y de ideas generales. 3º Hoy (hoy quiere decir, en los países desarrollados desde 1871), jamás los comunistas pueden o deben apoyar a un Estado en guerra.

Sucesivas exposiciones y estudios en *Prometeo* y en los *Hilos del Tiempo*, han remachado estas posiciones límpidas y si se quiere complejas, con reclamos históricos concluyentes y citas que confirman las visiones de la escuela marxista, en los susodichos sentidos y en las distintas actuaciones, pero desde aquellos primeros textos ya se declara como Marx *prefería* (y veremos otros pasajes verdaderamente sugestivos) a alguno en todas las guerras de su vida, y como la I Internacional, valoró dialecticamente en dos sentidos la guerra de 1870.

Los serratianos, si no digerían todo esto, debían decirlo a tiempo, decir ahora que salir más equilibrado del indiferentismo significa favorecer a uno de los dos grupos, que enuncian la tesis ya entonces escrita de la tan esperada catástrofe para la Inglaterra de ayer, o la América de hoy, equivale a una conversión al estalinismo ¿Qué es si no baja política en el sentido de Nenni? La *Plataforma* ampliamente citada acaba con estas palabras: **«consigna de acción simple y clara: ni un hombre, ni un céntimo para ninguno de los dos».**

Y tal conclusión de praxis se funda precisamente en aquellos 3 susodichos pilares de principio.

Extenderemos la demostración análoga a otros puntos de fingido desacuerdo: tendencias de Rusia, capitalismo de Estado, apoyo al nacimiento revolucionario del capitalismo en las primeras fases históricas y similares.

Estamos pues en presencia de un fenómeno que, en grande o en pequeño, hemos visto tantas veces: primero se alinean los bolillos que son los hombres en su infinito ridículo, y en su divertida presunción «**activista**» e «**influencista**», que confirma a fondo el determinismo ya que lo que juega no es más que un irresistible prurito fisiológico. Luego se entra en el recinto de los principios y se agita la asquerosa y sombría confusión, arruinando el trabajo de años y años. Y las tesis se eligen no en coherencia con lo que se había dicho, ratificado y difundido, sino según la previsión (facilísima de hacer para cualquier necio) sobre *el efecto inmediato*. Cuántas veces han llamado la atención *Marx y Engels* amargamente, sobre lo indefectible que es el efecto de aquellas: ¡menos teoría! ¡más acción! ¡más empuje! ¡más lucha! ¡menos cálculos sobre las fuerzas enemigas, indignas de verdaderos héroes, que en cada momento están intentando pasar a la historia!

Esto es tan verdad que en todos estos casos, con fines de desarrollo de una misma maniobra práctica, se cambian varias veces las tesis de principio y se lanzan diversos tipos de improvisadas profesiones de fe. El hombre político nato, siempre envuelto en el fuego de la acción, tan peligroso como un Nenni, lee y escribe absorto, y las escupe como le llegan.

** ** *

A veces se nos reprocha las expresiones en otras lenguas no traducidas. ¿Será también para el título del presente Hilo? traduzcamosló entonces: política de burdel.

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

Presentación de “EL INDIVIDUO COMO TÍTERE DE LA HISTORIA”

El texto de nuestra corriente, la Izquierda Comunista de Italia, trata la cuestión del papel o la función del individuo en la historia para la concepción teórica marxista. Al igual que le negamos algún papel especial a los pueblos, como negamos la existencia de pueblos elegidos, sean arios o judíos, también negamos que los llamados grandes hombres, u hombres elegidos por el destino, estén por encima de la realidad económico-social del momento histórico, o que puedan manejar a su antojo dicho momento histórico.

Para nosotros, los marxistas integrales, lo que en el fondo, lo que en última instancia determina no son ni los pueblos ni los hombres elegidos democráticamente o autoelegidos, sino: «**la producción y reproducción de la vida física o material**».

Como de costumbre, los que no han entendido nada del marxismo son los que se dan el aire de haberlo entendido TODO, pretendiendo estar en condiciones de eructar y escupir sentencias. Son los TONTOS llamados por el DESTINO, o los MOSQUITOS que imitan a las águilas. Les resulta muy aburrido COPIAR, pero cuando COPIAN sacan las citas de contexto y las falsifican.

La revolución burguesa necesitó un símbolo y un nombre, aunque haya sido hecha por fuerzas anónimas y relaciones materiales, por eso la recordamos como romántica. En la sociedad burguesa no merece ser llamada vida la estéril y patológica SOLEDAD DEL YO, base ideológica y comportamiento práctico de la competencia, de la guerra de todos contra todos, en la que se sustenta esta sociedad como reflejo del dominio del modo de producción mercantil-capitalista.

Los llamados grandes hombres son el producto de la accidentalidad con la que se han manifestado los grandes movimientos sociales del pasado (cristianismo y populismo) por la ausencia de una voluntad general y de un plan general. Pero el hecho nuevo es que a nosotros no nos son indispensables, como a las revoluciones precedentes, ni siquiera con la tarea de símbolos, hombres determinados, con una determinada individualidad y nombre. En su lugar colocamos la *comunidad de clase* con sus complejos de disposiciones teóricas, programáticas, tácticas y organizativas, junto a la capacidad para captar y exponer la teoría común. Ya que los nombres con gancho han arrastrado hacia adelante por diez, y después arruinan por mil. Por consiguiente, frenamos ésta tendencia y, en la práctica, la suprimimos, no por cierto a los hombres, sino al Hombre con aquél Nombre dado y aquél dado curriculum vitae.

Ya que el culto al dirigente, al Hombre, al Nombre, es un estupefaciente social, la cocaína social del proletariado, y sabiendo que no podemos renunciar a remover a los hombre y a vencer a través de los hombres, debemos anteponerles siempre los PRINCIPIOS, defendiendo los PRINCIPIOS por encima de los Hombres y de los Nombres.

EL INDIVIDUO COMO TÍTERE DE LA HISTORIA (1)

(De *Il Programma Comunista*, nº 7-1953)

En una carta de Engels, tomada recientemente, a propósito de la valoración marxista de la revolución rusa, reproducíamos la frase: «**la época de los pueblos elegidos ha terminado**». Es poco probable que lleguen desde muchas partes a romper lanzas por la tesis opuesta, tras la desdicha que ha conducido al nazismo alemán; y también tras la suerte que han corrido los judíos que expían condena por la mala enfermedad de la increíble obstinación racista plurimilenaria: torturados primero por la aria manía de Hitler, luego por las intrigas imperiales británicas, hoy por el inexorable aparato soviético –mañana, muy probablemente, por la cosmopolita y tolerante en habladorías, política estadounidense, que se fabricó buenos dientes sobre la carne negra.

Mucho más difícil será establecer que ha pasado la época de los individuos elegidos, de los «**hombres del destino**» –como Shaw llamó a Napoleón, sobre todo para joderlo exhibiéndolo en pijama–, en una palabra, de los grandes hombres, de los caudillos y dirigentes históricos, de los Guías supremos de la humanidad.

En efecto, desde todas las bandas, y al son de todos los credos, católicos o masones, fascistas o demócratas, liberales o socialstoides, parece que –en una medida mucho más extendida que en el pasado– no puede dejar de exaltarse y de postrarse con admiración pegajosa ante el nombre de cualquier personaje, atribuyéndole a pies juntillas el mérito entero del éxito de la «**causa**», de la que se trate.

Todos concuerdan en atribuir influencias determinantes, sobre los eventos que ya pasaron y sobre los que se actúa, a las cualidades personales de los dirigentes que se aferraron a la cima: disputan hasta la saciedad de si se debe hacer escoger electiva o democráticamente, por imposición de partido o directamente por el golpe de mano individual del sujeto, pero concuerdan en hacer depender todo del éxito de esta contienda, tanto en el campo amigo como en el enemigo.

Ahora bien, si este criterio general fuese verdad, y nosotros nouviésemos la fuerza para negarlo y minarlo, deberíamos confesar que la doctrina marxista ha caído en la peor bancarrota. Y por el contrario, como de costumbre, fortificamos dos posiciones: el marxismo clásico ya había jubilado sin reservas a los grandes hombres –el balance de la obra de los grandes hombres puestos en circulación recientemente o quitados de en medio, confirma la teoría de que son Osos hormigueros.

AYER

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Son interesantes al respecto las respuestas de Federico Engels a las cuestiones que le fueron planteadas sobre ese tema. En la carta del 25 de enero de 1894 habla de los grandes hombres en el segundo párrafo de la segunda pregunta: pero están bien planteadas ambas. Hélas aquí.

1) Hasta que punto las condiciones económicas influyan causalmente (atención a no leer casualmente). 2) Cuál pueda ser la parte representada

por el momento (si tuviésemos el texto se podría traducir mejor por el *factor*) a) de la raza; b) de la individualidad, en la concepción materialista de la historia de Marx y Engels.

Pero interesa igualmente la pregunta a la que respondía la carta precedente del 21 de septiembre de 1890: Cómo ha sido entendido por Marx y el mismo Engels, el principio fundamental del materialismo histórico; o sea, si según ellos, la producción y la reproducción de la vida real son ellas *solas* el momento determinante, o solamente la base fundamental de todas las otras condiciones.

La conexión entre los dos puntos: función de la *gran* individualidad en la historia; y ligazón exacta entre condiciones económicas y actividad humana, está explicada claramente por Engels en las respuestas, que modestamente, en privado, él considera sin importancia, y no redactadas con «**aquella claridad**» a la que él tendía al escribir para el público. Y efectivamente, él se reclama a las descripciones generales de la concepción marxista histórica que ha dado en el *Anti-Düring* (Parte I, cap. 9 a 11, Parte II, cap. 2 a 4; Parte III, cap. 1) y sobre todo en el cristalino ensayo sobre Feuerbarch, de 1888. Y en cuanto a un ejemplo luminoso de la aplicación específica del método, manda al *18 Brumario* de *Luis Bonaparte* de Marx, que describe con temple ardiente aquél que puede ser tomado como prototipo de la «**burla**» –término que enseguida vamos a explicar.

CONTINUIDAD DE VIDA

A costa de una digresión, que es también una anticipación de un Hilo del Tiempo, cuya quilla maestra está desde hace algún tiempo en las rampas del astillero, queremos darle un bello bravo al desconocido estudiante que lanzó la pregunta de la primera carta. Como de costumbre, aquellos que no han entendido nada son los que se dan el aire de haber adquirido y digerido, con la pretensión de estar en condiciones de eructar fuera, y escupir sentencias. Por el contrario, los más simples y seriamente anclados, siempre están convencidos de que deben entender mejor, cuando ya tienen toques de maestros. El joven y por fortuna no honorable interrogante adopta, en efecto, en lugar de la expresión normal «**condiciones económicas**» la exacta y muy equivalente a la primera: «**producción y reproducción de la vida física**». Como alumnos de la clase sucesiva, cambiamos *real* en *física*. El adjetivo *real* no tiene el mismo peso en las lenguas germánicas y latinas.

Otra vez apuntamos a pasajes de los maestros en los que se flanquean *producción y reproducción*, citando a Engels donde define la reproducción, o sea, la esfera sexual y generativa de la vida, como la «**producción de los productores**».

Sería inútil trazar una ciencia económica, incluso metafísica, o sea, con leyes inmutables, y tanto más si fuese dialéctica, o sea, dirigida a trazar la teoría de una sucesión de fases y de ciclos, si examinásemos un grupo, una sociedad de productores, dedicados sí a actos laborales y económicos tendentes a satisfacer sus necesidades conservando su existencia y su fuerza productiva hasta el límite del tiempo fisiológico, pero que hubiesen sido operados (pongamos por un jefe racista) de modo que no pudiesen reproducirse y tener sucesores biológicos.

Una condición tal mutaría (y lo admitirá el seguidor de cualquier escuela económica), desde la raíz todas las relaciones de producción y

distribución de esta misma y algo hipotética comunidad.

Esto vale para recordar que no menos importancia que la producción, que prepara alimentos (y otras cosas) aptos para *conservar* la vida física del trabajador, tiene la reproducción (estableciendo la trama de las relaciones económicas) biológica que prepara –con dedicación relevante de consumos y de esfuerzos productivos– a los futuros sustitutos del trabajador mismo.

Como veremos en su momento con Engels y Marx y contra Feuerbach, el hombre no es todo *amor* ni todo *lucha*. De cualquier modo la visión integral del doble pedestal económico de la sociedad equivale a esto: el materialismo ya es victorioso desde que trata el campo de la *producción*: nadie contesta allí que predomine el criterio de la suma material de resultados; y sobre esto es fácil fundar la teoría de la actividad de lucha pasando de las contiendas moleculares del pretendido «**homo economicus**», que tiene en el lugar del corazón no el ventrículo, sino una oficina de gestores, para la contienda de las clases, en la cuál se resume, con la economía, al resto de las formas humanas de actividad. Pero es en el campo de la genética y de la sexualidad, en el que les parece más arduo a los principiantes la desaparición de los motivos trascendentes y místicos, y traducir la atracción entre el macho y la hembra –precisamente elevándola por encima de las porquerías de la civilización moderna– en términos de causalidad económica, en los que es necesario fundar los más robustos pilares de la doctrina revolucionaria del socialismo.

Para que el individuo (pequeño o grande a tenor del sentido común banal) tienda a aprovecharse económicamente y conciba eróticamente, es un problema planteado en modo miserable y vacío. Nosotros transportamos la dinámica del proceso al curso de la especie, y flanqueamos el esfuerzo para mantenerles vivos y válidos los elementos activos, con el proceder de su multiplicación y continuación, ciclos ambos mucho más grandes que aquellos en los que enreda el tumor idiota de la muerte, y la ciega creencia en la eternidad del sujeto individuo. Son estos productos y connotaciones decisivas de las sociedades infectadas por clases dominantes y explotadoras, parásitas en el trabajo y en el amor.

La maldición del sudor y del dolor, ideología que define a la sociedad con dominación de clase, o sea, fundadas en monopolios del ocio y del placer, la hará desaparecer el socialismo.

NATURALEZA Y PENSAMIENTO

La reducción del problema (puesto aquí directamente en el punto de mira), o sea, del problema de las personalidades históricas, al problema general de la concepción materialista, aparece inmediata. Admitir por un solo momento que el origen, el desarrollo y el futuro de una sociedad o incluso de la humanidad dependan en modo decisivo de la presencia, de la aparición, o del comportamiento de un solo hombre. Ya no os será posible considerar y sostener que el origen antes de toda la vicisitud social esté en los caracteres de condiciones y situaciones económicas *análogas* dadas para grandes masas de los «**otros**» individuos, los normales, los «**pequeños**».

Si efectivamente aquél largo y difícil camino, que jamás asumiríamos reducir a una simple automatización, desde el paralelismo de las posiciones en el trabajo y en el consumo, en la gran vicisitud final de las revoluciones sociales, del pasaje del poder de clase a clase, de la ruptura de las formas que determinaban aquél paralelismo de relaciones productivas, *debiese*

pasar por la cabeza (crítica, conciencia, voluntad y acción) de un solo hombre, y esto en el sentido de que éste individuo sea un elemento necesario, o sea, que en su ausencia no se mueva nada de todo aquél movimiento, entonces no podrá negarse que en un cierto momento toda la historia esté «**en el pensamiento**» y dependa de un acto de dicho individuo. Aquí hay una contradicción insuperable, ya que admitiendo esto, será necesaria la fuerza para sucumbir ante la visión opuesta a la nuestra, que dice que en la historia no existe *causalidad*, no hay leyes, sino que todo es «**accidentalidad**» imprevisible, todo es casualidad, que sí se puede estudiar, pero después, nunca antes del acontecimiento. Si se hiciese, ni mas ni menos que así, iríamos de cabeza a la horca.

¿Cómo negar que sea una accidentalidad el nacimiento de aquél coloso, cómo evitar el reducir todo el campo de la *reproducción* a un paso en falso... de aquél espermatozoide?

Hemos luchado duramente contra la concepción más racional y moderna de los «**grandes humanistas**», precisamente de la burguesía iluminista, que quería hacer pasar preventivamente el hecho histórico no para uno, sino para *todos los cerebros*; anteponiendo a la lucha revolucionaria la educación y la conciencia general. Pero de ésta concepción, incompleta y semilateral, es aún más insuficiente aquella que concentra todo en la bóveda craneal individual, a la que no se sabe por lo demás como se proveería si no es con el abrazo, tantas veces recordado en la tradición, entre un ser divino y uno humano.

Hemos hecho añicos la teoría, aún más necia que la de la conciencia popular universal, que se basa mas o menos en la *mitad más uno* de los cerebros para pilotar la historia, porque desde el punto de vista marxista daba pena y piedad: ¿Dejaremos vivir la teoría del cerebro único? ¿Por qué no entonces la del reproductor único, del eslabón humano, evidentemente menos enmarañado?

Volvemos a la cuestión: ¿Qué fue anterior, la naturaleza o el pensamiento? ¿La historia de la especie humana es un aspecto de la naturaleza real, o una «**partenogénesis**» del pensamiento?

El breve escrito de Engels sobre Feuerbarch, y mejor contra una apología de Starke (que él como de costumbre llama: sólo un esbozo general, cuanto más algunas ilustraciones de la concepción materialista de la historia) compendia una síntesis de la historia de la filosofía, por un lado, y de la historia de las luchas de clase por otro, magnífica por brevedad y por vastedad.

¡LAS CARTAS SOBRE LA MESA!

Habría bastante para una amplia exposición (las sesiones interminables computan ya como días) de un par de medias jornadas, con un adecuado comentario. Limitándonos a revelar las solas connotaciones para probar la identidad.

Históricamente, recuerda el autor, del idealista Hegel, cuya filosofía había podido ser tomada como base de la derecha conservadora y reaccionaria alemana, se derivó el materialista Feuerbarch, y bajo la influencia del materialismo y de la revolución francesa, potentes precursores. De Feuerbarch se derivan en cierto sentido las ulteriores y muy distintas concepciones de Marx y de Engels, tras una oleada de admiración en torno a 1840 y la salida de la «**Esencia del cristianismo**», y tras una

crítica no menos radical de la que Feuerbarch había aplicado a Hegel, compendiada en las famosas tesis de Marx de 1845, durante más de 40 años fueron ignoradas, que concluyen con la undécima: hasta ahora los filósofos no han hecho más que interpretar de distintos modos el mundo: ahora se trata de cambiarlo.

Hegel había llevado al primer plano la actividad humana, pero en la premisa no había podido llevar a cabo un desarrollo revolucionario en el campo histórico, por lo absoluto de su idealismo. La sociedad futura con su diseño y modelo ya estaría contenida *ab eterno* en la idea absoluta: hecho por la mente de un filósofo este descubrimiento y este desarrollo, con normas propias del pensamiento puro, transmitidos tales resultados al sistema del derecho y al organismo del Estado, la realización integral de la idea se había cumplido ¿En qué es esto inaceptable para nosotros? En dos posiciones, que son las dos caras dialécticas de la misma. Rechazamos la posibilidad de un punto de llegada, de un ataque definitivo e insuperable. Rechazamos la posibilidad de que estuviesen ya dadas las propiedades y las leyes del pensamiento, antes de que el ciclo de la naturaleza y de la especie se abriese.

¡Pero citemos pues! **«A la par de la conciencia, la historia no puede encontrar una conclusión final en un estado perfecto del género humano: una sociedad perfecta, un Estado perfecto son cosas que sólo pueden subsistir en la fantasía; por el contrario todos los Estado históricos que se subsiguen sólo son fases transitorias en el camino infinito de la sociedad humana».**

Hegel ha superado a todos los filósofos precedentes poniendo delante la dinámica de los contrastes de los que se compone el largo camino hasta hoy. Desgraciadamente, como todos los otros filósofos, y como todos los posibles filósofos, este rebullir viviente de contrastes lo encapsuló y congeló en su «sistema». **«Aún siendo eliminados todos los contrastes, una vez por todas, hemos llegado a la llamada verdad absoluta; la historia universal está en su final, y sin embargo, debe continuar, aunque no le quede nada mas que hacer: un nuevo e insuperable contraste».**

En este pasaje Engels deja caer la vieja objeción, y planteada nuevamente por Croce poco antes de la muerte (ver la confutación en Prometeo nº 4 de la II serie) de que precisamente el materialismo marxista *haga acabar la historia*, por haber dicho que la lucha entre proletariado y burguesía será la última de las luchas de clase. En su antropomorfismo insuperable, todo idealista cambia (o confunde) el fin de la lucha entre clases económicas con el fin de todo contraste y de todo desarrollo en el mundo, en la naturaleza y en la historia, cerrado en los límites que para él son luces y para nosotros tinieblas, no puede ver, con una bóveda craneal, que el comunismo será a su vez una intensa e imprevisible lucha de la especie por la *vida*, que todavía nadie ha alcanzado, dado que no merece ser llamada vida la estéril y patológica soledad del YO, al igual que el tesoro del avaro no es riqueza, ni siquiera personal.

EL ESPÍRITU Y EL SER

Llega Feuerbarch y elimina la antítesis. La naturaleza ya no es extrinsecación de la Idea (lector: mantén rígido el Hilo, que no está roto, vamos hacia la tesis de que la historia no es la extrinsecación de la Burla), no

es verdad que el pensamiento es el origen y la naturaleza su derivado. El materialismo viene, entre el entusiasmo de los jóvenes, y también del joven Marx, *repuesto en el trono*. **«La naturaleza existe independientemente de toda filosofía, ella es la base sobre la cual nosotros hombres, sus productos, hemos crecido; fuera de la naturaleza y de los hombres nada existe: los seres superiores que creó la fantasía religiosa sólo son el reflejo fantástico de nuestra propia esencia»**. Y Engels, hasta aquí, aplaude también como viejo y sólo se detiene para escarnecer la contraposición que, para la actividad práctica, el autor erige en el lugar del imperativo moral de Kant: *el amor*. No se trata aquí del hecho sexual, sino de la solidaridad, de la fraternidad **«innata»** que liga hombre a hombre. Sobre esto se fundó el **«verdadero socialismo»** burgués y prusiano de la época, impotente para ver la exigencia de la actividad revolucionaria, de la lucha entre las clases y de la eversión de las formas burguesas.

Es éste el punto en el que Engels epiloga de nuevo la construcción que conserva el fundamento materialista liberándolo de la traba metafísica y de la impotencia dialéctica, que lo inmovilizaban, por otra vía, en la misma **«glacialidad histórica»** del idealismo, por más revestido que éste hubiese aparecido de voluntad y de actividad práctica.

Engels reconduce la clarificación del problema a la formación de las figuras del pensamiento desde los pueblos primitivos. Aquí sólo podemos espigar, para los fines de un ángulo más agudo, mientras sería útil para el movimiento integrar y ampliar (e indudablemente lo proveerá el futuro) especialmente en los trasposos en los que Engels confronta su deducción con las aportaciones de las distintas ciencias positivas.

«La cuestión de la relación entre el pensamiento y el ser, el espíritu y la naturaleza... podía ser planteada en su forma más cortante, podía adquirir por primera vez toda su importancia, cuando la sociedad europea se despertó del largo sueño del Medioevo cristiano. La cuestión: ¿Qué es lo primordial, el espíritu o la naturaleza? –esta cuestión se agudizó, así, frente a la Iglesia: ¿Ha creado Dios el mundo, o el mundo existe desde la eternidad?»

«Esta cuestión, que en las distintas épocas se escribe en términos diversos, divide con las dos respuestas a los dos campos: materialismo e idealismo. Quien considera a la naturaleza (el ser) como primordial, es materialista, quien considera al espíritu (al pensar) es idealista. Pero entonces se necesita el acto creativo, y es notable resaltar aquí la apreciación marxista del idealismo con esta drástica observación: “esta creación está a menudo entre los filósofos, por ejemplo en Hegel, aún más enredada e imposible, que en el cristianismo”».

Esclarecida esta separación de los dos grupos de filósofos, no acaba la cuestión de las relaciones entre pensamiento y ser ¿Son estos extraños o compenetrables? ¿Puede el pensamiento de los hombres conocer y describir plenamente la esencia natural? Hay filósofos que han contrapuesto y separado los dos elementos: el objeto y el sujeto; entre estos está Kant con su inaferrable **«cosa en sí»**. Hegel supera el obstáculo, pero como idealista, o sea, absorbe la cosa y la naturaleza en la Idea, que por consiguiente puede muy bien reconocer y comprender su emanación. Feuerbach denuncia y combate esto: **«La existencia hegeliana de las “categorías lógicas” antes que existiese el mundo material, no es más que un residuo fantástico de la creencia en un creador ultramundano»**. Esto no sirve

mas que para la tarea de demolición crítica.

En una clara exposición, Engels, le reprocha a dicha actitud, además de no haber sabido ir más allá de recorrer la cultura alemana, la incapacidad para entender la vida de la sociedad humana como un movimiento y un proceso incesante, al que Hegel ya había puesto las bases. Tal concepción anti-histórica condenaba al Medievo como una especie de paréntesis inútil y oscuro (una apreciación análoga deben hacer los marxistas del reciente enfoque insensato de la lucha y de la crítica antifascista y antinacista) y no sabía insertar en su lugar las causas y los efectos, discernir los grandes progresos y las inmensas aportaciones al curso futuro.

«Todos los progresos realizados en las ciencias naturales les sirvieron solamente como argumentos demostrativos contra la existencia del creador»... «Esos merecían el escarnio que les fue lanzado a los primeros socialistas reformistas franceses: ¡Entonces, el ateísmo es vuestra religión!».

DRAMA Y ACTORES

Prosigue la presentación orgánica de la doctrina materialista histórica, quizás la mejor que jamás se haya escrito. Se da el paso que Feuerbarch no osó dar: sustituir **«el culto del hombre abstracto»** con **«la ciencia del hombre real y de su desarrollo histórico»**.

Con esto se retorna un momento a Hegel: él había instaurado (no descubierto) la dialéctica, pero para él era **«la evolución autónoma del concepto»**. En Marx deviene **«el reflejo en la conciencia humana del movimiento dialéctico del mundo real»**. Como en la célebre frase, viene enderezada y apoyada sobre los pies, no sobre la cabeza.

Comienza el tratamiento de la ciencia de la sociedad y de la historia con el método que coincide con el aplicado a la ciencia de la naturaleza. Pero nadie ignora los caracteres de este **«campo»** particular de la naturaleza, como es el vivir de la especie humana. Urgiendo llegar a las **«respuestas»** engelsianas, reproducimos sólo algunos pasajes esenciales. **«En la naturaleza hay agentes inconscientes... por el contrario en la historia de la sociedad los que actúan están dotados evidentemente de conciencia, hombres que actúan con reflexión o pasión que tienden a determinados objetivos... Pero esta intención sea como sea de importante para la indagación histórica, especialmente de épocas y acontecimientos dados, nada puede quitarle al hecho de que el curso de la historia está dominado por íntimas leyes generales... Sólo raramente acontece lo que ha acontecido... todos los choques de las innumerables voluntades y acciones individuales conducen a un estado de cosas que es absolutamente análogo al imperante en la naturaleza inconsciente. Los objetivos de las acciones son deseados, pero los resultados que producen estas acciones *no son los deseados*, o, en cuanto parecen corresponder al objetivo deseado, tienen de hecho en conclusión *consecuencias distintas* de las deseadas... Los hombres hacen *su propia historia*, pero como esta salga, mientras cada uno persigue sus propios fines... los resultados de estas múltiples voluntades que actúan en distintas direcciones y de sus múltiples acciones sobre el mundo externo, son precisamente la historia... Pero si se trata de investigar las fuerzas impelentes que -consciente o inconscientemente, y en**

verdad muy a menudo inconscientemente– están detrás de los motivos de los hombres *que actúan en la historia*, y constituyen los verdaderos y últimos propulsores de la misma, no puede tratarse tanto de los motivos determinantes *individuales*, aunque se trate de *hombres eminentes*, sino más bien de aquellos que ponen en movimiento a grandes masas, a pueblos enteros, a *clases enteras*; e incluso éstos no momentáneamente, a modo de un fugaz fuego de paja, rápido en encenderse y apagarse, sino como modo de *una acción duradera que corona una gran transformación histórica*».

Aquí, a la parte filosófica le sigue la parte histórica hasta el gran movimiento proletario moderno. En este punto se pone fin a la filosofía en el campo de la historia como en el de la naturaleza. «***Ya no tiene importancia imaginar nexos en la mente, sino descubrirlos en los hechos***».

LÍMPIDOS ORÁCULOS

Recordad las cuestiones, y escuchad las respuestas, no oscuras y no ambiguas como los del oráculo antiguo, sino transparentes, como confirmación de nuestras posiciones.

En la última cuestión referida, de 1890.

«El momento que en última instancia es decisivo en la historia, es la producción y la reproducción de la vida material». «La situación económica es la base, pero los distintos momentos del edificio – formas políticas de la lucha de clase y sus resultados, constituciones fijadas por la clase victoriosa tras las batallas vencidas, formas del derecho, e incluso los reflejos de todas estas verdaderas luchas en los cerebros de los participantes, teorías políticas, jurídicas, opiniones religiosas, y su ulterior desarrollo en sistemas dogmáticos– *todo esto ejerce también su influencia* sobre la marcha de las luchas históricas, y en ciertos casos les determina la forma. Esta es la influencia recíproca de todos estos momentos (= factores) que, a través del número infinito de *accidentalidad*... se realiza finalmente el movimiento económico».

A la primera pregunta de la carta de 1894 sobre la influencia *causal* de las condiciones económicas: **«Como condiciones económicas, que consideramos base determinante de la historia de la sociedad entendemos el modo con el cual los hombres producen sus medios de existencia e intercambian sus productos (mientras exista división del trabajo). Toda la *técnica* de la producción y del transporte está por consiguiente comprendida... Esto determina la división de la sociedad en clases, las condiciones de dominación y servidumbre, el Estado, la política, el derecho, etc.».**

«Si, como ella dice, la técnica depende en grandísima parte de la ciencia con mayor razón ésta depende de las condiciones y de las exigencias de la técnica... Toda la hidrostática (Torricelli, etc.) fue generada por la necesidad que Italia padeció en los siglos XVI y XVII de regular los cursos de agua que descienden de las montañas» (ver los diversos escritos de Programma Comunista sobre la precocidad de la empresa agrícola capitalista en Italia, y sobre la degeneración de la técnica de defensa hidráulica moderna en la inundación de Polesine).

En el párrafo c) de la segunda pregunta: el momento representado *por la raza*, demos el único dicho breve y sentenciosamente ardiente (*a hilar*): «**La raza es un factor económico**». ¿No habíais oído: producción o reproducción? La raza es una cadena material de actos reproductivos.

Y finalmente el párrafo b), que se refiere a la *burla*, y con el mismo dejamos al magnífico Federico.

«Los hombres hacen su propia historia, pero hasta ahora no con una voluntad general y según un plan general, ni siquiera en una dada sociedad limitada. Sus aspiraciones se contradicen: y en toda sociedad de este tipo prevalece, precisamente por esto, la necesidad, de la que la accidentalidad es el complemento y la forma de manifestación. Y entonces aparecen los llamados grandes hombres. Que un dado gran hombre, y precisamente él, surja en aquél determinado momento y en aquél determinado lugar, es naturalmente una pura casualidad. Pero, si nosotros lo eliminamos, enseguida hay la petición de un sustituto, y este sustituto se encuentra, (mejor o peor), pero a la larga se encuentra. Que Napoleón fuese precisamente este corso, este dictador militar que la situación de la República francesa, extenuada por las guerras, hacía necesario, es una pura casualidad, pero que a falta de Napoleón *habría habido otro para ocupar su puesto*, esto está probado por el hecho de que cada vez que hubo la necesidad siempre se encontró al hombre: César, Augusto, Cromwell, etc.».

¡Marx! Engels escuchaba muy bien el grito de la platea: el certificado de servicio también para él: Thierry, Mignet y Guizot escribieron historias inglesas inclinándose hacia el materialismo histórico, Morgan llegó por su cuenta, «**los tiempos estaban maduros y aquél descubrimiento debía ser hecho**». Esta vez el subrayado no es nuestro.

E incluso en una nota en el texto Ludwig Feuerbach, Engels dice: Marx era un genio, nosotros solamente talentos. Sería deplorable que por toda la demostración alguien no hubiese comprendido las fuertes diferencias que existen entre hombre y hombre tanto por la fuerza de los músculos, así como por el potencial de la máquina-cerebro.

Pero el hecho es que, habiendo liquidado como máximo ejemplo precisamente al shawiano «**hombre del destino**», no podemos ilusionarnos con habernos quitado de entre los pies a los «**tontos del destino**», pobres auto-candidatos a llenar el vacío, que la historia habría dispuesto para ellos, y llenos de preocupación por la eventualidad de faltar a la cita, y cubrirse de gloria.

HOY

CORREO RECIENTE

Se ajusta con el argumento de una carta dirigida a una compañera obrera que, excusándose injustamente de una exposición imperfecta, supo plantear la cuestión de modo muy expresivo. Reproducimos el texto de parte de la respuesta.

Tú escribes: «**dices bien que un marxista debe defender los principios y no a los hombres... nosotros decimos que los hombres no cuentan y les dejamos fuera. ¿Pero hasta qué punto se puede**

hacer esto? ¿Existen los hombres que determinan en parte los hechos? Si los hombres son en parte la causa que determinó el desbarajuste, nosotros no podemos olvidarles del todo». No se trata para nada de un modo tambaleante de llegar a la cuestión; es más, ofrece una vía muy útil para hacerlo.

Los hombres para nosotros tampoco se reducen, desde protagonistas que crean o recitan, a marionetas cuyos hilos son movidos... por el apetito. Sobre la base de la comunidad de clase se tienen grados y estratos diversos y complejos de disposiciones para realizar, y tanto más de capacidad para captar y exponer la teoría común.

Pero el hecho nuevo es que a nosotros no nos son indispensables, como a las revoluciones precedentes ni siquiera con la tarea de símbolos, hombres predeterminados, con una determinada individualidad y nombre.

INERCIA DE LA TRADICIÓN

El hecho es que, precisamente, en cuanto que las tradiciones son las últimas en desaparecer, muy a menudo los hombres se mueven por la solicitud sugestiva de la pasión por el Jefe ¿Entonces, por qué no «**utilizar**» este elemento, que se entiende que no muta el curso de la lucha de clase, pero puede favorecer la formación, la precipitación del choque?

Ahora bien, nos parece que el jugo de las duras lecciones de tantos decenios sea éste: renunciar a remover a los hombres y a vencer a través de los hombres no es posible, y precisamente nosotros, la izquierda, hemos sostenido que la colectividad de hombres que lucha no puede ser toda la masa o la mayoría de la misma, debe ser el partido no *demasiado grande* y los círculos de vanguardia en su organización. Pero los *nombres* con gancho han arrastrado hacia adelante por diez, y después arruinan por mil. Por consiguiente frenamos esta tendencia y en cuanto sea posible, en la práctica, la suprimimos, no por cierto a *los hombres*, sino al Hombre con aquél Nombre dado y con aquél dado curriculum vitae...

Conocemos la respuesta que sugiere fácilmente a los compañeros ingenuos. LENIN. Bien, es cierto que después de 1917 *ganamos* muchos militantes para la lucha revolucionaria porque se convencieron que Lenin había sabido hacer y hecho la revolución: *vinieron, lucharon y después profundizaron mejor nuestro programa*. Con este expediente se han movido proletarios y masas enteras que quizás habrían dormido. Admitido ¿Pero y luego? Con el mismo nombre se va haciendo palanca para la total corrupción oportunista de los proletarios: Hemos sido reducidos hasta tal punto que la vanguardia de la clase está mucho más atrás que antes de 1917, cuando pocos conocían aquél nombre.

Entonces, decimos que en las tesis y en las directrices establecidas por Lenin se resume lo mejor de la doctrina proletaria colectiva, de la política real de clase; pero que el nombre como nombre tiene un balance pasivo. Evidentemente se ha exagerado. Lenin mismo, de halagos personales estaba hasta las narices. Sólo son los hombrecillos insignificantes los que se creen indispensables para la historia. Lenin se reía como un niño escuchando tales cosas. Era seguido, adorado, y no comprendido.

¿Hemos conseguido darte la idea de la cuestión en estas pocas palabras? Deberá llegar una época en la que un fuerte movimiento de clase tenga la teoría y la acción correctas sin explotar simpatías de nombres. Creemos que

llegará. Quien no nos cree sólo puede ser un desconfiado de la nueva visión marxista de la historia, o peor aún, un jefe de los oprimidos a sueldo del enemigo.

Como puede verse el efecto histórico del entusiasmo por Lenin no lo hemos colocado en el balance con el efecto nefasto de los miles de jefes renegados, sino que con los efectos negativos del nombre mismo, hemos descendido sobre el terreno insidioso del: *si Lenin no hubiese muerto*. También Stalin era un marxista con las cartas en regla y un hombre de acción de primer orden. El error de los trotskistas es el de buscar la clave de este grandioso trastorno de la fuerza revolucionaria en la sapiencia o en el temperamento de hombres.

FIGURAS DE LA ACTUALIDAD

¿Por qué hemos llamado a la teoría del gran hombre teoría del títere?

Títere (*Battilocchio*) es un tipo que llama la atención y al mismo tiempo revela su absoluta vaciedad. Alto, descoyuntado y chepudo para ocultar un poco la cabeza bamboleante y atónita, el paso inseguro y oscilante. En Nápoles les llaman *battilocchio*, refiriéndose al parpadeo del desorientado y del filisteo: en Bolonia, para escapar al defecto de localismo, le gritarían títere.

La historia y la política contemporánea de esta fecha de 1953 (en la que todo se resiente del hecho general y no accidental de que una forma semiputrefacta no consigue reventar al capitalismo) está circundada por constelaciones de (títeres) *battilocchios*.

El propio marasmo de tal fase difunde entre masas admiradas y calcadas la convicción absoluta de que a los unos y a los otros sólo se les deba mirar, que se trata por todos los lados de los *battilocchios* (títeres) del destino, y que sobre todo el cambio de la guardia en el cuerpo *battilocchio* sea el *momento* (¡pobres de nosotros, o de Federico!) el que determina la historia.

Entre los jefes de Estado, por la absoluta ausencia de toda nueva consigna e incluso de toda pose original, hay un terceto infalible: Franco, Tito y Perón. Estos campeones, estos Oscar de belleza histórica, han empujado al *nec plus ultra* el arte supremo: hacer desaparecer todas las connotaciones ¡Algo muy distinto a las narices dinásticas: que ojos de águila!

¡En cuanto a las buenas almas de Hitler y Mussolini, el primero hace pensar en un estado mayor formidable no de *battilocchi* (títeres) que lo rodeasen, elevados por tanto grado de criminales, que no sólo hacían historia, sino que usaban violencia carnal sobre ella según su propio placer! El segundo se hace perdonar por el estrato inefable de *subbattilocchi* (*subtíteres*) que lo envainaba, y que ha hecho el cambio de guardia, en 1944–45, en una fila–muchedumbre de productores de firmeza, hoy delicia nuestra.

Una terna bellísima que alinea no en el espacio sino en el tiempo, con la prueba probada de que cada sucesión por muerte o por la elección produce efecto histórico medido por cero curso cero, es la Delano, Harry, Ike. Las fuerzas americanas que ocupan el mundo justificarían la definición de este período como la *caída* de los *battilocchi* (títeres).

DESCOLORIDOS DIADOCOS

Una constelación no menos expresiva del presente estadio, nos viene dada por los jefes nacionales recientes y actuales, y a menudo drásticamente desplazados, de los países y de los partidos que se unen a Rusia, y no se sabe dónde descubrir mejor a los *battilocchi* (*títeres*), si en el fondo en Balcania o entre las faldas de Mariana. Cuando murió Alejandro el grande, el imperio macedonio que se había extendido a dos continentes, fue fragmentado en Estados menores confiados a sus distintos generales, que en un largo ciclo desaparecieron sin dejar rastro. Quien recordase los nombres, nos aportaría muchos puntos en hechos de historia.

Entonces, cuando la historia llama al gran hombre lo encuentra. Puede suceder muy bien que lo encuentre con una cabeza con bajo potencial. Pero cuando llama a *battilocchi* incluso puede suceder que el puesto esté cubierto por hombres de valor. No estamos tratando de llamar tonto a nadie.

El hecho es que, en Italia por ejemplo, el concurso abierto para las grandes personalidades se refiere a puestos ya ocupados por colosos históricos. Se trata, efectivamente, de recitar la parodia de una tragedia que ya tuvo su desenlace solemne. Con ocasión del sesenta cumpleaños de Togliatti, y con un ceremonial bajamente conservador, tras haber reproducido ampliamente su curriculum vitae y sus escritos, han llegado a la definición en síntesis: *un gran patriota*.

La contrafigura ya está vacía desde hace un siglo, y ofrece pocas esperanzas de grandeza no burlesca. La historia ha encontrado ya a sus héroes, sin buscar mucho. Mazzini, Garibaldi, Cavour, y tantos otros, no descenderán del pedestal. A decir verdad, de patria queda muy poca, pero de patriotas tenemos una espuerta. El autobús de la gloria revolucionaria está al completo. Esto no difama las cualidades del sujeto actual: sus escritos que han sido resumidos desde 1919 (cuando se cometió el error de no dedicarles la atención debida) le honorifican: no ha dejado nunca de ser un marxista, ya que nunca había llegado a serlo. Entonces sostenía lo que sostiene hoy, la misión de la patria. Si queréis, un Grandísimo patriota: como *una grandísima* diligencia en la época del electrotren y del avión a reacción.

Si, tras haber debatido sobre Lenin, no hemos dado apuntes de Stalin, desaparecido hace poco, no es por temor a que después de una expedición punitiva nuestro *scalp* vaya a adornar el mausoleo, praxis para la que existe buena esperanza de llegar. Stalin es todavía el vástago de un férreo ambiente anónimo de partido que construyó bajo impulsos históricos no *accidentales* un movimiento colectivo, anónimo, profundo. Son reacciones de la base histórica, y no casos fortuitos de la baja carrera hacia el éxito, las que determinan el giro a través del cual en una llama termidoriana la formación revolucionaria debía quemarse a si misma, y si bien un nombre puede ser un símbolo incluso cuando una persona no cuenta nada para la historia, el nombre de Stalin queda como símbolo de este extraordinario proceso: la fuerza proletaria más potente plegada esclava a la revolucionaria construcción del capitalismo moderno, sobre la ruina de un mundo atrasado e inerte.

La revolución burguesa debe muy bien tener un símbolo y un nombre, por más que también ésta esté hecha, en última instancia, por fuerzas anónimas y relaciones materiales. Es la última revolución que no sabe ser anónima: por eso la recordamos romántica.

Nuestra revolución es la que aparecerá cuando ya no existirán estas

prontas genuflexiones hacia personas, hechas sobre todo de vileza y de extravío, y, que como instrumento de la propia fuerza de clase tendrá un partido fusionado en todos sus caracteres, doctrinales, organizativos y combatientes, al que no le limite nada, ni el nombre ni el mérito del individuo, y que le niege al individuo conciencia, voluntad, iniciativa, mérito o culpa, resumiéndolo todo en su unidad con delimitaciones cortantes.

MORFINA Y COCAÍNA

Lenin tomó de Marx la definición, combatida por muchos como banal, de que la religión es el opio del pueblo. El culto de la entidad divina es pues la morfina de la revolución, con la que atormenta a las fuerzas actuantes; y no por nada en el luto reciente por Stalin se ha rezado en todas las Iglesias de la URSS.

El culto al dirigente, de la entidad y persona no ya divina, sino humana, es un estupefaciente social aún peor, y nosotros los definiremos como la cocaína del proletariado. La esperanza en el héroe que inflame y conduzca a la lucha es como la inyección de simpamina (fármaco que estimula el sistema nervioso); los farmacéuticos han encontrado el término adecuado: heroína. Tras una breve exaltación patológica de energías, sobreviene la postración crónica y el colapso. No existen inyecciones para ponerle a una revolución en liquidación, a una sociedad torpemente embarazada de dieciocho meses, y aún infecunda.

Arrojemos el recurso vulgar de extraer éxitos del nombre del hombre de excepción, y gritemos: otra fórmula del comunismo: es la sociedad que ha desechado a los títeres.

(1) Estaba traducido y publicado en El Comunista nº 28, con el título de Burlón en la Historia.

REFORMISMO Y SOCIALISMO

(De Battaglia Comunista, N° 4-1950)

AYER

En la polémica de decenios y decenios, los detractores del marxismo siempre han querido demostrar que contenía una fluctuación entre dos posiciones mal concebidas, máximalista la una, basada en la exasperación de la lucha de clase que debía conducir a la tan ironizada «**catástrofe**», la otra mínimalista, preocupada por obtener para las clases trabajadoras mejoras en la situación económica, y una serie de tuteladoras medidas promulgadas por ley.

Se pretendió encontrar en los mismos textos fundamentales del marxismo este doble enfoque, se atribuyó la visión revolucionaria y violenta a los escritos juveniles de Marx y de Engels, se sostuvo que la hubiesen mitigado y rectificado gradualmente, en los estudios más maduros e investigaciones sobre economía y sociedad moderna; se puso en dicha mira el mismo *Capital*, obra máxima de Marx, en claro contraste con las primeras visiones, y además se insistió también con hábiles falsificaciones y sustracciones de textos, desenmascaradas para siempre en la obra de Lenin, sobre el enfoque que había seguido Engels en la dialéctica tarea de intérprete superviviente, tras la muerte del amigo, de guía teórico y político del Partido Socialista de Alemania y de la Segunda Internacional, en los últimos años del siglo pasado.

Otra tesis de baja estirpe y para gentes de lengua fácil era la de que en aquella primera agitación de visiones revolucionarias y choques sociales apocalípticos se viese la influencia del idealismo del que los dos maestros eran seguidores en los primeros años, del que liberándose habrían llegado al terreno de un gradualismo positivo, que deponiendo las negaciones radicales admitía cada vez más la posibilidad de transformaciones evolutivas. Nada más falso, pero aquí no es el aspecto catastrófico el que analizamos.

Como siempre, la pretendida contradicción se alberga solo en la cabeza de aquellos que nunca han podido asimilar el método de Marx, y en el confundir chapucero las afirmaciones y las tesis, que hacen referencia a la investigación científica objetiva sobre los caracteres del proceso social, con otras que en segundo lugar, están en el campo de la crítica polémica a la ideología con la cual las distintas clases históricas reflejan la organización y la tarea del movimiento obrero y del partido de clase, o sea la batalla, la intervención directa en los acontecimientos. Y suele provocarse una mayor confusión por los *revisionistas* de cualquier pelaje, entre este último plano del desarrollo del método socialista, y la parte vital y esencial del primer campo de estudio científico, la cual, después de haber establecido las leyes sobre los hechos de ayer y de hoy, trata de indagar el sentido del desarrollo futuro de las formas sociales.

Antes de confrontar los textos de Marx, o de los otros, se debe de tener muy claro si en ellos habla el científico, el crítico, el polemista, o el organizador y el hombre del partido: momentos no contradictorios, sino dialécticamente ligados. Ni tampoco debe ignorarse que a veces habla el editor, en momentos particularmente difíciles para la propaganda, en países donde existen vínculos especiales; que prefacios, presentaciones y respuestas a objeciones para el mundo de la cultura y para «**los prejuicios de la**

opinión pública» a la que dice Marx, **«nunca he hecho concesiones»**, deben de tener en cuenta **«bloques»** especiales. Tras las leyes de excepción antisocialistas alemanas solo el 1 de enero de 1914 volvió a permitirse en Alemania la circulación de escritos de Marx. Un ejemplo interesante lo da Lenin cuando revela que, debiendo conseguir que entrase en Rusia su estudio sobre el Imperialismo, para enunciar la tesis de que la verdadera lucha contra la codicia rusa de opresión nacional debía de ser conducida condenando y asaltando al régimen interno, y removiendo la moral a alemanes e ingleses, estuvo obligado a poner como ejemplo... ¡a Japón y Corea! A los militantes inteligentes y a los obreros dotados de sentido de clase, les quedaba el deber de entender bien en todos estos casos.

Muchas, muchas veces Marx y Engels explican porque han dado amplias exposiciones a las medidas y legislaciones sociales inglesas, que en los otros países han sido imitadas con un retraso de decenios, y a las luchas sostenidas para conseguirlas por la clase obrera. Ahora bien, si tomamos la frase clásica del *Manifiesto* según la cual tales conquistas no tienen más valor que el de extender la organización de lucha del proletariado, y la condena de cualquier *socialismo burgués* que reduzca la transformación social a unas medidas de administración del Estado **«que cuanto más le disminuyen a los burgueses los gastos de su dominio»**, encontraremos que todo el acercamiento de la legislación reformadora en el curso de cincuenta años la mantiene totalmente coherente.

El importante movimiento moderno de leyes sociales: limitación de la jornada de trabajo y del trabajo de la mujer y de los niños, control de la seguridad e higiene en la industria, y no menos en las formas posteriores para la redacción del *Capital* como los seguros sociales de todo tipo, le interesan al método marxista y al socialismo en tres aspectos, remachados en cien textos: 1859, *Contribución a la crítica de la economía moderna*; 1864, *Mensaje Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores*; 1867, *Prefacio* y muchos capítulos del *Capital*; *Prefacio de 1872*; 1875, *Crítica del Programa de Gotha*; 1892, *Prefacio* –de Engels– a *La situación de la clase obrera en Inglaterra*; y en muchos otros.

1. *Confutación de la teoría burguesa*. Ésta, con Ricardo, alcanza su límite máximo: reconocido que el trabajo es la fuente de todo valor, admite que hay antagonismo entre los intereses del trabajador asalariado y los del industrial. Pero por razones históricas, sociales y políticas, Ricardo sostiene que el sistema de producción industrial y de empresas libres y concurrentes produce, con el juego de sus leyes, equilibrios útiles y crea armonía entre los intereses individuales y el intereses general, elevando el tenor del pueblo con su ritmo progresivo. Es decisivo demostrar que la burguesía *no* conoce el ritmo de su desarrollo y debe renegar, en la práctica de la propia teoría: de hecho si no interviniese, venciendo la resistencia del industrial individual, poniéndole límites coactivos, se tendría el hambre extrema, la degeneración de la raza, y el hundimiento del sistema. Cuanto más leyes del género hace el muy libre e intervencionista parlamento inglés, más exacta resulta la economía marxista, sobre todo en la confutación de la economía oficial. Mayor es el triunfo que viene de la extensión del proceso a todos los países del mundo.

2. *Aceleración del desarrollo del sistema capitalista* en el sentido establecido por el marxismo: eliminación de todos los residuos de la economías anticuadas con producción fraccionada, concentración del capital y acercamiento de la situación en que la lucha general por el dominio de las

fuerzas productivas deberá explotar entre las clases enemigas. Esto dice textualmente el Cap. XIV al final: **«la generación de la legislación sobre las fábricas... acelera la metamorfosis del trabajo aislado y diseminado... en trabajo socialmente organizado. Destruye todas las formas anticuadas y transitorias, detrás de las cuales se esconde todavía el poder del capital, y las sustituye con su inmediato y activo dominio. Generalizando contemporáneamente la lucha directa trabada contra tal dominación».**

3. *Desplazamiento de la acción proletaria hacia la reivindicación proletaria total.* El proletariado se desarrolla como clase en la primera fase histórica, desde el apoyando el pleno encuadrarse del pleno desembarazarse del régimen burgués de los últimos obstáculos feudales, fase cuya época es aproximadamente la de las reivindicaciones de Marx sobre los distintos países de Europa. Así, en la lucha para eliminar los aspectos más feroces y negreros del régimen de fábrica, y las más siniestras incertidumbres de la propia suerte en la actual economía, llega a convencerse de que aún limpiándola, la economía de la época capitalista sigue siendo esclavitud, solamente superable con el derrocamiento de las relaciones actuales y de su poder armado. Limitándonos a un texto clásico, la crítica del programa de Gotha. Marx ataca sin piedad el error lassallano, de que el capitalismo mientras oprime y somete a los asalariados, impide que su remuneración y mantenimiento sobrepase un límite máximo. (La famosa Ley de Bronce del salario). Marx después de cuarenta años repite lo que escribió en el *Manifiesto*, y reprende ásperamente a los dirigentes del partido que reniegan de una tesis de la que los obreros alemanes están convencidos desde hacía años y años, o sea que, tanto si es alto como si es bajo el salario, el régimen del asalariado es un régimen de opresión, y por consiguiente, también si el sistema es susceptible de una mejora indefinida, nosotros reivindicamos igualmente su destrucción radical. **«El sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, que deviene más dura en la medida en que desarrolla las fuerzas productivas sociales del trabajo. Y después de que tal criterio se ha abierto camino en nuestro... se vuelve a los dogmas de Lasalle... es como si, entre los esclavos que al fin han descubierto el secreto de la esclavitud y se revelan contra ella, viniese un esclavo fanático de las ideas anticuadas y escribiese en el programa de la rebelión: ¡la esclavitud debe ser abolida porque el sustento de los esclavos, dentro del sistema de la esclavitud, no puede pasar de un cierto límite sumamente bajo!».**

No es posible continuar la cita y el comentario. Se trata de la esencia del marxismo radical, del solo marxismo. No solo admitimos, sino que encontramos útil que las reformas burguesas prueben que en los límites del capitalismo no es posible ampliar –renegando tres veces, antes que cante el gallo de la ciencia burguesa– las mejoras para los trabajadores. Estos entenderán que tal capitalismo en edición mejorar y *progresiva* sigue siendo su enemigo, y lucharán para arrancarlo de raíz, derrocándolo con la revolución. He ahí el sentido histórico y dialéctico del antagonismo de clase, que cubre, unitario, en el espacio cien naciones, y en el tiempo un siglo de historia, lejos de encerrarse en el aumento del salario, que, también se hincha, mantiene siempre visible el lugar de la marca con fuego, que señala en las carnes del esclavo.

HOY

Tomemos pues, desde entonces hasta ahora, en todos los países más o menos desarrollados, todos los programas reformistas inventados y ofrecidos al proletariado, programas mínimos, inmediatos, concretos, legislativos, técnicos, prácticos, realistas y demás zarandajas. Esos no escapan a la «**doble superstición**» que Marx encontró en el informe centón de aspiraciones y peticiones pasado por la criba de aquella famosa crítica. Una el estalinismo, la otra, el democratismo: «**todo el programa, a pesar de todo el cascabeleo democrático (más arriba definido como *letanía democrática*: sufragio universal, legislación directa, derechos del hombre, nación armada, etc..., es puro eco del partido popular burgués, de la *liga por la paz y la libertad*; y tomad esto, populistas, picasistas y maoistas peticionistas de hoy...), el programa está todo él infectado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lasalleana en el Estado; o –lo que no es mejor ni mucho menos– de la superstición democrática: o es más bien compromiso entre ESTAS DOS SUPERSTICIONES, NINGUNA DE LAS CUALES TIENE NADA QUE VER CON EL SOCIALISMO**».

El reformismo, sólidamente arraigado a la realidad en un único terreno, el de la traición, se esconde desde hace un siglo entre estas dos supersticiones, y es la causa de las dos *infecciones* más tremendas del movimiento obrero, que colocan la emancipación de los trabajadores al final, la una al final de la vía de las libertades populares, la otra, al de la vía de la economía estatalizada.

Estas, que son las dos vías de la maniobra social y política burguesa, primero para asegurar el desbordamiento histórico del capitalismo, luego para evitar un hundimiento, ambas autolesionistas para el movimiento de los trabajadores, están sobre todo en contraste histórico directo entre ellas. Marx, poned atención, no dice en efecto, ni lo dice Lenin, que, una vez establecidas las cuestiones de programa y de teoría que justificaron el grito indignado de Federico Engels para el congreso de Erfurt: «**sobre todo ¡no comercies con los principios!**» ya sea indiferente para el marxismo y la clase obrera, en etapas históricas dadas, que tales reformas burguesas sean puestas en práctica, y que por ejemplo el Estado –ídolo de los oportunistas alemanes– se libere de las escorias feudales que todavía lo caracterizan, en la época de Gotha. Se debería incluso contraponer al imperio de los Hohenzollern y de Bismark la república democrática, pero no porque sea ésta la forma de Estado obrero, o la forma política en la que se realizará el socialismo, sino «**precisamente en esta última forma política de la sociedad burguesa se debe combatir definitivamente la lucha de clases**», y es en este texto donde Marx remacha finalmente la fórmula de «**dictadura proletaria**» que los trabajadores italianos osaron sustituir con la palabra *táctica* (edición de 1914, Volumen II) allí donde la palabra es típicamente latina, y se ha convertido en internacional.

Alejada entre las dos supersticiones, como enlace de fuerzas locales para el control del Estado, entendido no en el sentido de lucha para romperlo, sino en el sentido constitucionalista, y por eso utópico, y del control y gestión económica por parte de las administraciones públicas y del mismo Estado, el oportunismo socialdemócrata desembocó primeramente en la alianza con los imperialismos, y no quiso ver que en la guerra y su

organización está ínsita la suspensión de todo control sobre las famosas «**bases**», sobre los centros, y de toda «**libertad**», y se hace evidente al marxismo el carácter de dictadura burguesa del Estado «**actual**». La crítica de la III Internacional bolchevique se abatió como un ciclón sobre este sistema mundial de traición.

No menos impotente fue el reformismo para comprender la directriz propia de la época de la guerras imperialistas en economía y en política. La correspondiente a eso que en economía es monopolio, opuesto a la libre concurrencia, el control, el dirigismo, la planificación estatal de los hechos económicos, la toma de gestión de empresas dadas por parte del Estado, debía de ser políticamente, y era, el totalitarismo, o sea el desenmascararse de la dictadura burguesa según la época y los países, ya perfectamente eficientes en las formas exteriores parlamentarias: en especial donde se deliniaba la preparación revolucionaria de la lucha de clases. Eliminados durante la última parte del siglo pasado, exceptuando Rusia, los residuos de instituciones feudales, afirmando en el mundo «**el dominio del capital**», planteada la alternativa que Lenin ve en 1919: dirección burguesa o dirección proletaria de la economía mundial; fracasadas en los países europeos, fuera de Rusia, las tentativas de conquista del poder por parte de la clase obrera revolucionaria, el reformismo no supo reconocerse a si mismo en los últimos intentos de ordenamiento burgués que contenían sus clásicas reivindicaciones: fascismos, nacismos, y en las manifestaciones elocuentes que se manifestaban en otros muchos países bajo el intacto mantel de las instituciones liberales.

El reformismo italiano, que indudablemente tenía precedentes sugestivos tanto como administración de una joven burguesía, que como corriente proletaria de la «**Crítica Social**», en la que durante tantos años el marxismo, si no aplicado rectamente, al menos fue expuesto correctamente, que incluso había resistido a la movilización supersticiosa pro-guerra contra Austria (1914), murió sin honor en el gran bloque anti-fascista. Le gritó al fascismo todos los anatemas ideológicos por las libertades y las garantías burguesas violadas, no vio en él a su heredero, o sea la forma suprema de la combinación antirevolucionaria de dos condiciones: economía capitalista, realización dentro de sus límites, y con el fin de defenderlos, de las medidas de mejoras de las condiciones de los obreros.

El actual reformismo anti-fascista –y estamos entre siete o ocho partidos principales, todos *reformistas* por salvar la piel– abandonada la única cosa que haga posibles modernos escritos administrativos, el monopartidismo sigue flacamente las huellas de las innovaciones fascistas en materia de legislación económica, coleccionando pésimas figuras.

Esta fuera de discusión entre todos los grandes contendientes que las cinco o seis «**grandes reformas**» programadas requieren bastos medios y largo tiempo para su aplicación. ¿Cómo conciliar tal exigencia con la comedia de la política parlamentaria, si uno de los dos principales grupos adversarios no está fuera de juego? Es precisamente de aquello que hoy llaman con horror «**un régimen**», de lo que la praxis reformista tiene necesidad. Con un solo partido en la administración los desfalcos, despilfarros, especulaciones ilícitas y mastodónticas inversiones en grandes obras públicas pueden ser reducidas a un mínimo, aún permaneciendo el objetivo esencial de los dirigentes burgueses de tipo moderno.

Entre los aspectos reformadores del posfascismo muy pocos tienen la

cabeza sobre los hombros, y son aún más raros los que dicen una verdad, cuando no se interesan en ser ministros, cosa muy extraña, o cardenales... Un discurso notable en el congreso de Nápoles del P.S.L.I ha sido el de Tremenolli, que en un cierto momento ha dicho: se podría mejorar en un tercio el tenor de vida del trabajador italiano, pero se debería «**cortarles las uñas**» a los industriales... Con la administración actual, sin embargo, esto es imposible, y entonces se comprende que no queda más que el pleno empleo, la emigración, la paz universal y las inversiones productivas de los privados, del Estado y del capital extranjero. Conocidísimo, y sin embargo da gusto escuchar como se admite tanto de una sola vez, entre tantos clamores por cortarles las uñas a los fantasmagóricos «**barones**», con el que el tenor de vida subiría un 5%, recordar que los saqueos de las intrigas capitalistas, de las que chupan todos, negros y rojos, pesan cientos de veces más.

En cuanto a Don Sturzo, y era en él en quién pensábamos hablando de cardenales, admite finalmente que todo el bagaje legislativo reformador de la nueva edición de De Gasperi caerá a cero, y es una concesión inútil a la baja demagogia de las oposiciones sobre la posibilidad de intervenciones técnicas radicales en los acontecimientos económicos italianos. Incluso donde Don Sturzo le daría precedencia a una reforma administrativa: con la burocracia actual no se hacen reformas serias.

Pero estamos ahí: la moderna burocracia de Estado no es una férrea armadura en la que las presiones del capital sean disciplinadas, es un verdadero *coladero* a través del cual la intrigante iniciativa de los negocios se mueve con absoluta *libertad*.

Para hacerla más presentable, Tremelloni quería que se pusiese, en el lugar de los altos funcionarios, a hombres y técnicos de la industria y de los negocios.

¿Pero no sería una burocracia similar aún más sierva del movimiento especulativo nacional y extranjero para el que la mejor atmósfera son la guerra, la miseria, la destrucción y la tragicomedia de la reconstrucción, saturnal de las muy deseadas «**inversiones**»?

Y entonces ¿no somos más *concretos* nosotros, los extremistas, que los «**expertos**» del mundo oficial, que desde hace tanto tiempo hemos constatado que la máquina estatal se debe hacer saltar por los aires, para que luego venga lo demás?

PREMISA: ENDEREZARLE LAS PATAS A LOS PERROS

(De Battaglia Comunista, nº 11-1952)

Al final de la segunda guerra mundial resultaba fácil establecer que unas pocas semanas habrían bastado para destruir la generosa, pero inútil y vana ilusión de la aparición de grandes movimientos revolucionarios armados de la clase trabajadora, parecidos a los del final de la primera guerra.

En la complejidad del desarrollo dos fueron los aspectos principales, que una vez más indicamos. Los ejércitos vencedores, en lugar de contentarse con la rendición generalizada del Estado Mayor adversario y del poder político gobernante, suprimían totalmente la función de ambos, y ocupaban en todas partes el territorio de los países vencidos, imponiéndoles un estado de sitio militar indefinido. He ahí la inutilidad práctica de la favorable relación de fuerzas entre clase proletaria y Estado derrotado en la guerra, y la imposibilidad de un rápido pasaje desde la adhesión o desde el sufrimiento de la guerra al derrotismo. El otro aspecto era la descomposición del movimiento revolucionario de la tercera internacional, que habiendo tomado impulso basándose en una serie de desviaciones tácticas de derechas desde 1922, aproximadamente cuando se constituyó el partido comunista de Italia, había ido desertando en etapas sucesivas todas las posiciones revolucionarias hasta volver a colocarse en el terreno de los movimientos traidores de la IIª Internacional y de la Iª guerra, e incluso peor.

Por otra parte, estos dos factores de la relación de fuerzas de la posguerra eran visibles no solo desde el principio de la guerra, sino desde que se formaron los partidos burgueses totalitarios de gobierno en varios países de Europa. Estableciéndose con este hecho histórico la perspectiva segura de una nueva edición de «**guerra ideológica**» en el campo europeo y de «**bloque interclasista**» en los campos nacionales, los desertores del comunismo teniendo a Moscú a la cabeza se habían zambullido en tal perspectiva política del modo más craso y asqueroso. No era más que un agravante el hecho de que dejando de ser clasistas y comunistas siguiesen siendo totalitarios, y que por maniobras de política militar y exterior tuviesen una fase de amores con los burgueses totalitarios nazis.

El sacar las enseñanzas de estas premisas, para la fase de reanudación del movimiento proletario (tal como para estar alejados de las antiguas sarnas oportunistas y de la nueva y más paralizante infección) se delineaba mensurable no en años sino en decenios, y la tarea de los grupos que habían mantenido y defendido la posición desertada por el 99% de los comunistas de 1919, resultaba larga y difícil, y comenzaba con un laborioso balance del desastre contrarrevolucionario examinando, entendiendo y utilizándolo para un reordenamiento total.

En esto han trabajado en Italia las fuerzas limitadas disponibles –y quizás aún menores eran fuera de Italia– ya durante 7 años restableciendo los datos históricos e informativos y realizando el trabajo de análisis, que se ha planteado resueltamente frente y contra todo pesimismo fácil concluyendo que, si las cosas han ido tan al revés, los principios de partida van, sino en todo, si en gran parte abandonados y sustituidos. La revista *Prometeo* y el periódico *Battaglia Comunista* han trabajado para mantener en pie esta piedra angular de la continuidad de la teoría y del método de acción de los comunistas.

Dada la tarea y los medios estaba no menos claro que una repercusión

ruidosa en la «**política italiana**», como la entienden los de la radio y los de la prensa o de los voceros electorales, habría faltado. Era necesario incluso augurárselo decididamente; toda impaciencia grosera no ha conseguido más que hacer más larga la áspera vía. Por lo demás, a los sensibles a estas emocioncillas, desde hace un siglo que trabaja el marxismo para arrancárselas de debajo de sus pies. Y cuando esto acaece, incluso con el viento en contra, es un buen resultado.

Base de un tal trabajo ha sido el reclamo a obras y tesis fundamentales del movimiento, de la experiencia y de la historia de éste, desde que surgió; y la confrontación de los hechos históricos recientes con la visión originaria de los marxistas: cuanto ha sido elaborado se encuentra distribuido en lugares y estudios diversos, con constante e incansable referencia a las citas necesarias.

Los nuevos hechos (esta es nuestra resuelta posición) no conducen a corregir las antiguas posiciones ni a añadirle complementos y rectificaciones. La lectura de los textos de principio la hacemos hoy como en 1921 y antes, la lectura de los hechos sucesivos del mismo modo, las propuestas sobre el método de organización y de acción quedan confirmadas.

Este trabajo no está confiado ni a una persona ni a un comite, ni mucho menos a una oficina, es un momento y un sector de un trabajo unitario que se desarrolla desde hace más de un siglo y muy por encima de la sucesión de generaciones, no inscribiéndose en el curriculum vitae de nadie, ni siquiera en el de los que han tenido larguísimos períodos de elaboración coherente y maduración de los resultados. El movimiento prohíbe y debe prohibir iniciativas extemporáneas y personales o contingentes en ésta obra elaboradora de textos directivos y también de estudios interpretativos del proceder histórico que nos circunda.

La idea de que con una horita de tiempo la pluma y el tintero cualquier *buen hijito* se pueda dedicar a redactar textos, o incluso que lo haga la cirinea «**base**» invitada por una circular o por una efímera reunión académica ruidosa o clandestina es una idea infantil. Hay que desconfiar de esos resultados y desacreditarlos desde el principio. Sobre todo cuando una disposición de dictámenes de tal calibre proviene de los maniacos de la acción y de la intervención humana en la historia. ¿Intervienen hombres, determinados hombres, o un determinado Hombre con mayúsculas? Vieja cuestión. La historia la hacen los hombres, solo que saben muy poco por qué la hacen y cómo la hacen. Pero en general todos los que «**padecen**» de la acción humana y los que se burlan de un presunto automatismo fatalista, por una parte son los que cultivan –en su propio foro interior– la idea de tener en su propio cuerpecillo ese Hombre predestinado, y por otra parte son los que precisamente no han entendido nada y nada pueden entender; ni siquiera entender que la historia no gana o pierde una décima de segundo, tanto si ellos duermen como lirones, como si llevan a cabo el sueño generoso de agitarse como obsesos.

Con gélido cinismo y sin el mínimo remordimiento para todo ejemplar superactivista más o menos autoconvencido de sus muy serias funciones y a todos los sanedrines de innovadores y pilotos del mañana, les repetimos: «**jateve a cuccá**». Sois impotentes hasta para darle cuerda al despertador. La tarea de poner en su sitio las tesis y enderezarle las patas a los perros que se desvían desde todas partes, tarea que reaparece siempre donde menos te lo esperas, requiere algo muy distinto que la hora escasa que dura el congresito o el discursillo. No es fácil intentar hacer un índice de los lugares donde se ha debido acudir a taponar vías de agua, evidentemente obra o

trabajo considerado poco glorioso por los que han nacido para «**pasar a la historia**», con un estilo que no se taponan sino que se abre. Pensamos que puede servir un pequeño índice que obviamente no es perfecto y tendrá repeticiones e inversiones equivocadas. Indicamos las tesis correctas frente a las equivocadas: a estas no las llamamos antítesis, pronunciado despacio, que se confunde con el resbaladizo: antítesis, o lo que es lo mismo, presencia contrapuesta de dos tesis distintas. Diremos: contratesis.

También por puras razones expositivas dividimos los puntos en tres sectores, en evidente intercomunicación historia, economía, filosofía (considerad el vocablo entre comillas). Omitimos, como máxima, las verdaderas y propias tesis adversarias y burguesas que se oponen diametralmente a las nuestras, y de las cuales es muy conocida la confutación, y a veces tomamos como contratesis aquellas que son más que nada formulaciones incorrectas, que han prevalecido por mala costumbre desde hace tiempo y generadoras de equívocos no leves.

LA DOCTRINA DEL ENERGÚMENO

(De Battaglia Comunista, nº 19-1949)

AYER

Desde las grandes a las pequeñas cuestiones, cualquier desviación oportunista del movimiento de clase ha tenido este carácter: sustituir ante los ojos del proletariado al adversario, al enemigo, al obstáculo constituido por el actual ordenamiento social y por la clase capitalista, con otro objetivo sobre el que dirigir los golpes, bajo el pretexto de que fuese un objetivo transitorio e intermedio, superado el cual se habría vuelto a la gran lucha. Y para la acreditación demagógica de este método, que bien se puede llamar intermedismo, con palabras tan feas como lo es la cosa, lo mejor ha sido siempre, para los fines del pregonero, la personificación del enemigo.

En los partidos socialistas de otra época, se luchó siempre contra estas fallas que se abrían por todas partes, y a veces con éxito. En los falsos partidos socialistas y comunistas de hoy, que falsamente se pretenden incluso partidos de la clase obrera, este método derrotista ya no aparece en una serie de episodios y de paréntesis, sino que forma su misma vida: nada saben hacer, o decir, o agitar, sin este objetivo fantoche encarnado en un personaje, tirano, dictador, Emperador, energúmeno o criminal, como quiera que lo llamen.

Estos bufones se presentan siempre como «**marxistas**» y tienen la infinita desfachatez de decir: sí, las bases económicas de las luchas históricas, las clases en contraste y en lucha, la sustitución del capitalismo por el comunismo, todo eso está muy bien, pero en este momento lo primero es acabar con éste o aquél fulano (ejemplos: Guillermo II, Cecco Beppe, Mussolini, Hitler, Franco, Pavelich, De Gaulle...) que con su vasta personalidad obstruye el camino a la historia, suspende las leyes del marxismo, retrasa el retorno a la lucha de clase. Quitado de en medio el susodicho fulano ¡Ahí! estad seguros entonces de que la doctrina y el método clasista nos tendrán entre los más ardientes seguidores. Pero estos viriles historiadores caen uno tras otro, y el momento de volver a la lucha de clase no llega nunca.

Nosotros somos tan testarudos como para no creer que se puede ser marxistas a pedazos, pero admitamos por un instante que fuese lícito, como se ve hoy en todas las manifestaciones, hacer pasar por una bandera roja el traje de un Payaso. El hecho es que la teoría del Cesarismo, la doctrina del energúmeno, destruye TODO el marxismo, con la infeliz consigna elimina el último cerrojo rojo, zurcida del mejor modo en el tablero multicolor (de hecho, la han descubierto y reivindicado; la estrategia del tablero de ajedrez).

A costa de ser parangonados con Pío XII, cuando cita con libro y versículo a Isaías o Mateo, abriremos los de Marx. Si os escandaliza, nos alegramos.

En el «**Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**» está ilustrada en escritos casi contemporáneos, que el autor renuncia a revisar en cualquier sentido (esto clarifica que se trata de posiciones científicas y políticas al mismo tiempo, válidas para la crítica teórica como para la propaganda de partido, señores que os jactáis de tener la doble alma, a lo mejor por haberle vendido la única que tuvisteis al capital) la vicisitud del 2 de diciembre de 1852, a través de la cual, Napoleón III se proclamó emperador de los

franceses. Marx dice: «**Yo espero que este escrito mío contribuirá a liberarnos de la fase escolástica del llamado cesarismo**», y tiene la sensación de haber dicho, aquella fecha de hace un siglillo: yo espero que quien grite contra el Cesarismo se dignará declararse antimarxista.

De la distinción decisiva que se encuentra en esta misma página entre la función del César (a menudo benéfica) en las sociedades antiguas, y la naturaleza de

las modernas luchas civiles, que tienen como protagonistas a clases y no a individuos, hasta el orgánico y potente análisis contenido en el trabajo, todo establece la despiadada antítesis entre los dos métodos enemigos de descifrar la historia.

En el mismo preámbulo, Marx cita a otros dos autores. «**De los escritos que se ocuparon, casi contemporáneamente al mío, del mismo argumento, dos son dignos de análisis; el Napoleón le Petit de Victor Hugo, y el Coup d'Etat de Proudhon. Sin embargo, si el primero de los dos escritores se limita a proferir sarcásticas invectivas contra el autor perjuro del golpe de estado, no concibiendo el acontecimiento en si mismo, sino como un inexplicado rayo con cielo raso, como el acto violento de un individuo, ni se da cuenta de agigantar a dicho individuo, aun reconociéndole una potencia personal de iniciativa sin parangón en la historia del mundo; Proudhon, por su parte, trata de exponer el golpe de Estado como consecuencia de los acontecimientos históricos que lo habían precedido. No obstante esto, y sin saberlo, la reconstrucción del episodio se le transforma en una apología de su héroe, y precipita en el acostumbrado error a nuestros llamados historiadores objetivos**». Tomad aliento y revelad que, a lo largo de tal avenida del Retroceso, tan bien empedrada, no sólo habéis descendido al proudhonismo, diagnóstico ya insustituible e instituido con datos seguros hace veinte años, sino que ahora ya os habéis hundido por debajo del victorhuguismo, distando, sin embargo, mil millas de aquella potencia expresiva y literaria. De hecho, habéis agigantado y apologizado con gestos ridículos, para poder hacer vuestro bajo juego de éxito político, a los Benitos y los Franciscos, y en cuanto a los historiadores oficiales objetivos, se puede leer con toda una admirada revalorización en el discurso de Togliatti sobre Gramsci, que parece quiere hacerse perdonar a ambos lo que era precisamente un título de mérito, el haber estado fuera de los gelatinosos y escurridizos umbrales académicos.

Marx no ha terminado: «**Mi escrito, por el contrario, tiende a demostrar como fue, el antagonismo entre las clases sociales el que las susodichas condiciones en Francia, que hicieron tratable a un personaje mediocre y grotesco la parte del héroe**».

Si existiesen las discusiones objetivas y si el mejor medio polémico no fuese el de no escuchar, en este punto se debería mover la cabeza y decir: en efecto ¡aquí no se había comprendido un carajo!... Por el contrario, se continúa consumiendo borracheras de «**bonapartismo**» y de tal pecado, tan formidable es la ruindad, también se peca en la «**izquierda**» en cuanto que no pocos están convencidos de que la degeneración rusa deba hallar explicaciones, mas que en las relaciones económico–sociales, en golpes de mano o golpes de estado de Napoleón–Stalin o de su hinchadísima «**banda**».

Todos vuestros Barbazul, Poglanichi o gobernadores –no menos que vuestros Mejores, Óptimos y Supremos– a la luz del marxismo son personajes

mediocres y grotescos, y tenemos llena la bóveda craneal de escuchar pedir en cada reunión, tanto a humildes como a gente muy culta que anhelan orientarse, la mayor parte de las veces para esconder el bulto alabando, ¿quién es el hombre? ¿qué valor tiene el Hidalgo de los Condes? Y con el mismo tono son capaces de preguntárselo o exigirlo de Lenin y de un Trotamundos. Luego existen, también, aquellos que de un momento a otro cambian de color, los Tito y los Dimitrof, pasando de golpe del Valhalla al papel de Judas. Demasiado expuestos siempre a la luz, y creemos que de personajes verdaderamente notables por los dos lados de la historia, hasta ahora, sólo haya adjetivado la Divina Pappa.

HOY

Igual que se citan en los supercolosos de la pantalla las explicaciones del técnico de los «**efectos especiales de luces**», así también en los despachos políticos y en las redacciones de los periódicos «**populares**» están los especialistas prestos para el lanzamiento clamoroso del energúmeno de turno. A veces escasea el prototipo, y no se sabe si sondear hábilmente entre los recién llegados a escena, o quedarse con los viejos por mayor seguridad. El tipo se lanza según las situaciones. En Italia la fortuna de Mussolini no se tendrá tan pronto, hay hombres por debajo de la mediocridad y de lo grotesco. El epíteto de Canciller para De Gasperi ha producido una poliuria en la evocada sombra de Bismarck; en cuanto a Scelba, se reducen a acusarle de mal carabinero, y al despacho de prototipos le recomendamos de verdad la figura de Giuliano (el bandido mafioso, Nota de la traducción), no hay nada mejor en el mercado interno. Se puede envidiar a los de L'Humanité con un De Gaulle a disposición, aunque sólo fuese por su nariz. Los rasgos en estas cosas tienen importancia primaria. Su subhéroe (no antihéroe como para los lobos) hacia sudar a Marx (para traducir un dicho gaélico), hasta en efigie: «**el aventurero Luis Bonaparte, que se esforzaba por esconder sus rasgos triviales y repugnantes bajo la bronceada máscara napoleónica**».

Pero las sondas en el campo mundial son lanzadas por expertos de primera fila. Entre los americanos no parece que haya mucho que pescar, Truman tiene el estilo, cuando más, de un canciller de juzgado; Roosevelt tenía fuertes connotaciones, parálisis aparte, pero se ha muerto y, por tanto, mejor hacerle una estatuilla para el Museo de los elegidos, acreditando el fardo inverosímil de que la América burguesa es plutocrática y negrera solamente en cuanto que ha abandonado la directriz rooseveltiana. ¡Escucháis, si el tipo estaba todavía vivo! Los otros americanos, diplomáticos o generales, son distintos, van y vienen, y no le ofrecen un gran blanco a los fisgoneadores. Los ingleses en el gobierno, son laboristas, no parecen de relieve fuerte, imitan la política económica soviética, podrían tener alguna variedad con los americanos.

Como ya sabéis, colocada la sonda en las capaces manos de Togliatti –sin que haya faltado la segura vibración de un la dado desde Moscú– sale a flote el cetáceo Churchill. Como hemos explicado, no precisamente una revelación. Pero del mejor material, si se hubiese debido comenzar el montaje a lo grande, la elección podía recaer, aunque no fuese por otra cosa, en el hocico del perro Bulldog. ¡Y además, el cigarro! He aquí el comentario a los discursos de Churchill en América, he aquí las citas apropiadas, he aquí el recuerdo del inveterado antibolchevismo, he aquí el grito triunfal: ¡Hemos descubierto quien hace estallar la guerra! ¿El

capitalismo, el imperialismo, la plutocracia? Qué va, dejamos que se pierdan estas viejas teorías, que dan poco juego. EL, el energúmeno, que según el subrogado del marxismo, tendrá el mismo fin **«de aquél otro energúmeno guerrero que se llamó Hitler»**.

Pero el hecho está en que precisamente la historia Hitler–Churchill demuestra que el juegucillo de matar a los energúmenos no tiene fin, el segundo prometió que si le ayudaban a suprimir al primero, habría triunfado la paz eterna; ahora ¡Por Bacco! ¿estamos en el inicio? Uno de los más sólidos teoremas de la togliattiana (en verdad muy pre–togliattiana) doctrina del energúmeno, es éste: los energúmenos son como las cerezas, una tira a la otra.

La sonda no ha podido pescar nada mejor, en cuanto que Winston es tan viejo como coriáceo, y podría venir a menos antes del estallido de la guerra con grave perjuicio para la doctrina. Sería la tercera guerra que fabrica ¡santas las dos primeras, diabólica ésta! ¿lo conseguirá? En el despacho de **«efectos especiales»** no teníamos mercancía más fresca, estamos un poco lejos de los Dardanelos.

Pero la sonda podría estar visible sin rodeos a bordo y no ser lanzada ulteriormente si acaeciese este otro magnífico milagro, para uso interno y externo, y también para uso de los Dardanelos, la distensión. Entonces podríamos ver a Churchill en alguna reunión de los grandes, cogido del brazo con los estalinistas, o formando parte con ellos de una Presidencia de Europa ¡Elasticidad, por dios! ¡Gobierno de De Gasperi–Nenni–Guiliano!

Palmiro había anunciado el descubrimiento en su casi académico latín: habemus confitentem reum. Tenemos al reo confeso, en el viejo mastín anglosajón. Pero en nuevas situaciones, fases y desarrollos de la iluminada política mundial, podemos perdonar al reo confeso. Sin embargo, hay una cosa de la que no pueden pasar, y es la de hacer el tonto.

Tonto el público que lee o escucha, y, por desgracia, pero no eternamente, el proletariado.

Sólo había un página para darle la vuelta: **«Las revoluciones proletarias se demuelen incesantemente... parece que derrotasen a sus adversarios sólo porque estos saquen energía de la tierra y resurjan agigantados contra ellas, se retrotraen aterradas ante la indefinida monstruosidad de sus verdaderos objetivos, mientras que la situación se va creando, es imposible cualquier vuelta atrás y las cosas mismas gritan: ¡Hic Rhodus, hic salta!»**

Latín, éste, marxista, que recuerda a la clase obrera por dónde deberá pasar, sin ellos, contra ellos, y por encima de ellos.

EL MARXISMO DE LOS BALBUCEANTES

(De Battaglia Comunista, nº 8-1952)

La desinfección a la que dedicamos el noventa por ciento de nuestro pobre trabajo no se completará más que en un largo devenir y continuará mucho después de nosotros: es la que combate la epidemia de todos los lugares y de todos los tiempos (en todas partes y siempre peligrosa) de los revisores, actualizadores, contempladores e innovadores.

Es inútil y dañino especificar o personalizar, y buscar en la lejanía o en la vecindad al lanzador de las bombas bacteriológicas; se trata de individualizar el virus y aplicarle el *antibiótico*, que tozudamente distinguimos en la continuidad de la línea, en la fidelidad a los principios, en el preferir novecientas noventa y nueve veces sobre mil la remasticación catequista a la aventura del nuevo descubrimiento científico que requiere alas de águila, y al que se siente llamado por el destino todo mosquito.

Inguiétense, pues, los voladores enfurecidos, a los que devolvemos frígidamente y poco a poco a la modesta altitud a la que nos está permitido elevarnos, a nosotros que nos está prohibido todo heroísmo y todo romance, que nos atenemos a la ironía en lugar del lirismo y de vez en cuando nos vemos obligados a hacer volver hacia atrás a los más fogosos: ¡No seáis mezquinos!

Por tanto, mientras demasiados tienen el histerismo del cálculo sublime, nosotros lo catalogamos a la altura del ábaco, y verificamos si saben contar con la punta de los dedos.

¡Ay! si aquellos que creen poder ser, como hoy se dice, los portavoces del movimiento proletario de clase, y se ilusionan creyendo expresar la teoría revolucionaria, y no han digerido y asimilado todavía el momento crucial en el que nuestra doctrina abandonó aquellas tradiciones.

¡Ay! para todos, pero sobre todo para los grupos que quieren colocarse en la extrema izquierda del movimiento, y personificar la batalla contra las degeneraciones. Ha sido demasiado fácil, las miles de veces, para los oportunistas y para los colaboradores con la clase enemiga, el difamar a la «**izquierda**» con la acusación de iluminismo, de sectarismo, de extremismo formal, de incompreensión de la plena dialéctica del marxismo.

La respuesta y la defensa de la izquierda internacional consistió y consiste en demostrar que el repudio de concesiones, transacciones y maniobras no emana de una recaída en la mística y en la metafísica de un simplismo infantil que, como las viejas creencias religiosas abra todas las puertas con la llave de una sola antítesis entre dos principios opuestos. Bien y mal; *bien* para nosotros equivale a proletariado, *mal* a capitalismo: en toda época, en todo lugar, no sirve otra brújula; el capitalismo, mal absoluto, es siempre él (siempre uno), siempre el mismo ¡lo demás es un cuento! Condujimos largas batallas para mostrar que no razonamos así, y que «**la dialéctica de la historia viva**» la hemos escuchado bien desenmascarando la falsedad del oportunismo posleninista, trazando con exactitud suficiente la línea de su curso seguro de treinta años, desde la ortodoxia a la abjuración.

De seguro que no nos desarmaron recordándonos que en cada gran fase histórica se cambian los términos de la antítesis; que si según los creyentes en todas las místicas el bien no puede ser más que hijo del bien, y el mal del mal, porque de otro modo los *valores* eternos ínsitos en la luz del

espíritu (según nuestra doctrina revolucionaria, por el contrario, el comunismo es hijo del capitalismo y no podía más que generarse de él, y a pesar de esto, e incluso precisamente por esto, debe combatirlo y abatirlo; que las épocas históricas de los giros y del cambio de las posiciones se presentan por efecto de condiciones y relaciones materiales) y nunca jamás por la vigilante y bufonesca voluntad de homúnculos o grupitos, autodesignados en risible convicción de la propia importancia para controlar que no se falle.

AYER

El *Manifiesto de los Comunistas* tuvo una tardía difusión en Italia. En prefacio del 1 de febrero de 1893 a la edición italiana, Federico Engels tenía presente evidentemente la «**opinión común**» de que se tratase de un país y de un proletariado retrasado. Opinión tan común y tenaz, que poco más o menos, precisamente medio siglo después se habría debido «**llevar a cabo**» el segundo Resurgimiento, el segundo 1848. Y Engels se refiere a las raíces de 1848 para recordar que aquella revolución, contemporánea del *Manifiesto*, no fue socialista, sino que preparó en Europa el terreno para la revolución socialista.

Hemos vuelto allí para tomar dos grandes verdades que están a la altura del dos y dos son cuatro, y cuatro y cuatro son ocho, pero que evidentemente aún es necesario «**asignar**». Hélas aquí: «**El Manifiesto hace plena justicia a la acción revolucionaria que tuvo el capitalismo en el pasado (la primera nación capitalista ha sido Italia)**». Tratemos de masticar bien. El cierre del medioevo feudal y la apertura de la era capitalista moderna, Engels las sitúa en la época (no de Walter Audisio) sino de Dante.

Otras veces hemos dicho que el Manifiesto es una apología de la burguesía. Y hemos añadido que *hoy*, después de la segunda guerra mundial, y después del engullimiento de la revolución rusa, viene escrita una segunda apología. No siguiendo la *filosofía de los valores* (que proyectan en la ideología burguesa el implacable *economicismo* y utilitarismo propios de la clase y de la era), nosotros tenemos la necesidad de tejer la apología del acusado, para concluir que es hora de castigarlo con la pena máxima.

Para probar esto deberíamos volver a exponer todo el Manifiesto. Nos limitamos a citar de memoria diez palabras: *la burguesía tuvo en la historia un papel altamente revolucionario*.

Indicamos un paso más adelante: la razón esencial por la que las relaciones de producción preburguesas eran estáticas en un sentido dado como exigencias de la clase dominante, mientras que son por el contrario, turbulentamente dinámicas las relaciones de producción burguesas, está en la ruptura de los pequeños círculos de satisfacción de las necesidades, de las islas *autárquicas* de producción-consumo. Veamos una de las tantas enunciaciones, vieja pero novísima: «**En lugar de las viejas necesidades, satisfechas por la producción local (¡Deletread! lo-cal), aparecen otras que para ser satisfechas requieren los productos de los países y de los climas más diversos**».

El *Capital* de Carlos Marx (quien tiene horror del olor a moho y de momia que subrogue nuevos y altos textos) contiene un párrafo, el cuarto del primer capítulo, que en una decena de páginas resume toda la obra y la materia: por toda entendemos la escrita y no escrita por Marx, y tanto es así

como para despreciar a los cuentacorrentistas de la última literatura en lanzamiento, aún por escribir. Aquel capítulo se titula: «**El carácter fetichista de la mercancía y su secreto**». Para saberlo basta ser un analfabeto manual. Pero al intelectual que quiera apropiárselo le bastaran una cincuentena de años de clases elementales.

Como orden del día de un *Parteitag* (Congreso), por la que se devanan los sesos aquellos que quieren darle una base *verdaderamente política* (aclararse el gaznate), propondremos: lectura y aplicación, mirando más allá de la ventana, del parágrafo 4, Capítulo I.

Marx se encontraba en presencia de una tesis ya establecida por la economía política clásica. El llama así a aquella escuela que investigó abiertamente la naturaleza de la naciente producción capitalista sin velarle ningún aspecto «**en contraposición a la economía vulgar que se contenta con las apariencias... y se limita a erigir pedantemente en sistema y a proclamar como verdades eternas las ilusiones más trilladas y fatuas, de las que los agentes de la producción burguesa aman poblar el propio mundo, el mejor de los mundos posibles**». Escuela vulgar aún viva, a la que asignamos a los grandes economistas, tipo Sombart y Keynes. Por tanto, Marx acepta una tesis, un descubrimiento de la economía clásica: «**el valor de cambio de una mercancía viene dado por el tiempo de trabajo necesario para producirla**».

La ciencia proletaria por un lado acepta esta verdad, por otro demuestra que si la misma contiene *implícitamente* la convicción no expresa de que hasta que el mundo sea mundo, los *objetos* que los hombres usarán para satisfacer las propias necesidades tendrán carácter de *mercancías*, entonces aquella «**verdad científica**» decae a una aserción arbitraria y *mística*, a un *fetiché*, o sea, a una engañosa patraña no distinta de aquella que la ciencia burguesa escarneció (ya no las escarnece más, y daba por descontado también este fenómeno) en las ideologías y creencias que precedieron su época.

Sigamos cualquiera de los sugestivos pasajes de Marx, tras haber *anticipado* por nuestra parte, con un fin didáctico, aquello a los que Marx quería llegar. Los objetos de consumo *no* han sido *siempre* mercancías (hoy son mercancías y por tanto están sometidos por precio y valor de cambio, lo que se deriva del tiempo de trabajo humano cristalizado en ellos), pero *no* seguirán *siempre* siendo mercancías: hecho el análisis científico completo del modo de producción industrial capitalista, no sólo se determina que *no es necesario* que todas las cosas que satisfacen nuestras necesidades de vida sean mercancías y se compren a su precio y valor, sino que también en un cierto momento *ya no lo serán*.

Por consiguiente, ya desde la primera elemental nosotros sabemos lo que significa este enunciado «**políticamente**» (¿Bien?). Significa: el modo de producción capitalista no es eterno y caerá con la victoria de la clase trabajadora. Y habrá caído cuando ya no existan mercancías y valores de cambio, o sea, cuando ya no exista transmisión mercantil de los objetos de consumo y moneda circulante.

Significa algo más específico: en el futuro no puede darse una economía que aún sea mercantil y no sea ya capitalista. Han existido antes del capitalismo economías parcialmente mercantiles pero el capitalismo es la última de éstas.

Misoneistas obstinados, mostramos que esto, para quien sabe leer, *estaba mal escrito*. Imaginemonos que dispongo de una vela y tengo

necesidad de luz. Me sirvo de ella y la enciendo: la consumiré en unas horas. Hasta aquí nada de místico, ni en la vela, ni en la luz. **«El carácter místico de la mercancía no se deriva pues, de su valor de uso (propiedad de alumbrar de la vela) y tampoco del contenido que determina el valor (tantos gramos de esteárica)».**

¿Dónde está pues, se pregunta Marx, el carácter *enigmático* que toma el objeto de consumo asumiendo la *forma de mercancía*? Evidentemente en esta misma forma, ¡No toméis por banal lo que es profundo!

La forma valor, o sea, la relación que se establece entre la vela y las cincuenta liras con las que la pagamos, no es una relación entre cosas: esteárica y sucio dinero republicano; sino que *oculta* una relación social entre hombres que toman parte en la producción. La relación monetaria mercantil *parece* una simple vía para intercambiar la vela que consumo, pongamos, por las cerillas que produzco, *parece* una relación entre *productos*: en realidad es una relación entre *productores*, una relación social, más aún, una relación entre clases sociales. Aquí es donde Marx desvela el misterio del «**fetiche**» de la mercancía.

«Todo el secreto de la forma mercantil consiste por ello simplemente en esto, que las mercancías reflejan ante los ojos de los hombres el carácter social de su trabajo como si fuese (¡Pero no es!) un carácter objetivo de los mismos productos del trabajo; y en consecuencia presentan (¡ilusoriamente!) la relación social de los productores con la colectividad como si fuese una relación existente entre objetos fuera de los hombres. Por medio de este *qui pro quo* los productos del trabajo se convierten en mercancías, en efecto, cosas *supersensibles*, o sea, cosas sociales».

Marx quiere explicar mejor este «**juego**» por el cual la inocente vela, diversamente que la rama seca arrancada del árbol y frotada por el hombre primitivo en su cueva, deviene, asumiendo un valor de cambio, expresión de la relación de explotación del patrón de la fábrica de velas sobre sus obreros.

Marx hace un parangón con la estimulación de la retina, que se nos presenta como objeto existente fuera del ojo que lo ve. Pero la luz irradiada por el objeto y la estimulación del ojo son realmente físicas, mientras la forma valor no tiene ya nada de físico, no consiste en la estearina, en la luz o en la estimulación de mi nervio óptico. **«Se trata de una relación social determinada recíprocamente entre los hombres, y que aquí asume la forma fantasmagórico de una relación de cosas entre ellos».** Por eso, para encontrar una analogía a tal fenómeno **«nos debemos refugiar en la razón nebulosa del mundo religioso».**

Al igual que en la mística **«los productos del cerebro del hombre tienen el aspecto de seres independientes»**, también **«sucede así para los productos de la mano del hombre en el mundo mercantil. TAL FETICHISMO ES INSEPARABLE DE LA PRODUCCIÓN MERCANTIL».**

El Marx no literato sino combatiente, ve ante sí en cada línea que escribe, al adversario de clase. No es un *pensador* y no hace monólogos, sino que dialoga con su enemigo. Habéis creído, teóricos de la burguesía, superar el último escalón del desarrollo despejando de la mente del hombre los fetiches de las creencias en las divinidades, que justificaban la autoridad de la clase a la que habéis sucedido. Habéis erigido un nuevo y más triste fetiche, que a su vez arrojaremos fuera de vuestros altares, los *comptoirs*, fuera de vuestros templos, las Bolsas.

«Tal forma adquirida y fija (la forma moneda) del mundo mercantil,

en lugar de dar a conocer los caracteres sociales de los trabajos individual y las relaciones sociales de los productores, los vela y los esconde. Estas formas constituyen precisamente las categorías (conceptos básicos) de la economía burguesa. Estas son socialmente aptas, como formas mentales objetivas para expresar las relaciones de producción de este tipo de producción históricamente determinado, la producción *mercantil*». Todo misticismo se desvanece, si nos referimos a otro modo de producción no mercantil.

Puesto que le hemos preguntado a Carlos Marx la demostración de la *transitoriedad* de las formas mercantiles, y de confirmarnos la conexas tesis: las formas mercantiles aparecieron en una cierta etapa de la historia, y sólo cuando hayan desaparecido estaremos en la etapa comunista; Marx, con un solo golpe de ala nos conduce desde Robinson Crusoe a la sociedad de mañana. Es nuestro sólito y clásico método: con los datos indiscutibles del pasado elaborar el análisis del desarrollo de mañana. Aquellos que habiendo leído sin leer, dicen que Marx se atiene a la prudente ciencia de los hechos contemporáneos y escribe solamente una *fotografía* del capitalismo de su época (ergo, el necio de 1952 sabe más que Marx) háganse lavar los legañosos párpados, y el comunismo practicado lo verán desde la página 47.

Ya que la economía ama las robinsonadas, partamos de allí, dice Marx. Él, Robinson, tiene necesidades y las satisface con objetos que se procura: ha salvado el tintero, la pluma y el libro mayor y se hace el inventario pero... *bottli*. No tiene doble contabilidad, no ingresa ni saca dinero: en torno a él no hay ningún género de mercancías.

Marx nos transporta «**desde la luminosa isla de Robinson al sombrío medioevo europeo**». El golpe es para vosotros, liquidadores de las vergüenzas feudales por la gloria de la esplendorosa civilización actual del neón. Vosotros sólo comprendéis que la luz viene de la luz y la tiniebla de la tiniebla: *deum de deo, lumen de lumine*. Nosotros reconocemos como necesario que se pasase de la luz del primer y generoso comunismo, sin mercancías, a la sombra de la sociedad feudal, y a la cloaca maloliente de la civilización burguesa, para continuar más allá. Y para nosotros nada es un *fetiché*, ni siquiera el odio al capital.

Y bien, en el medioevo, a escala general, no existen todavía *mercancías*; el privilegio de la clase dominante viene arrancado por prestaciones *personales* de trabajo, honestamente visible. La *forma social* del trabajo también es la forma natural, o sea, la *particularidad*. No, como en la forma mercantil, la *generalidad*. Tratemos de comprender. Yo exprimí para ti la prensa y tu te bebes, tumbado, el buen vaso. Menos innoble que adquirir en la tienda de vinos el envenenado liquido capitalista, aumentando el margen comercial con el añadido de agua y colorante.

Relaciones claras, en la noche del medioevo ¡Impera la mentira del cura! Pero «**el diezmo que se paga al cura es más inteligible que la bendición del cura**». El truco hediente de la relación de esclavitud humana, presentado como eua-relación entre cosas intercambiadas, será precisamente de la sucesiva y moderna época burguesa. Ahora bien ¿Puede existir actividad humana para satisfacción de necesidades vitales sin tal mentira moderna, fuera del *fetiché* de mercado? Sí, dice Marx, y pone el ejemplo en tres tiempos: pasado, presente y futuro.

Pasado. No nos interesa Robinson, figura totalmente abstracta y usada con fines analógicos. El hombre para nosotros es la *especie*, no la *persona*: aquél extraño ser solo y estéril, evidentemente, no conoce más que bienes

de consumo y no de cambio, y no estando en el Edén, además de la desventaja de hacer de menos a Eva, se procura los bienes útiles con su trabajo. Nuestro ejemplo pasado son las comunidades primitivas: entre el *Manifiesto* y el *Capital* la investigación arqueológica positiva ha demostrado que no sólo ciertos pueblos, sino todos, tuvieron al inicio una organización basada en el trabajo para todos y la propiedad para ninguno. Éste es «**el trabajo común, o sea, el inmediato trabajo asociado, en su forma natural primitiva, como se presenta en la primera página de la historia de todos los pueblos no civilizados**».

Presente. Del trabajo en comunidad «**tenemos un ejemplo muy cercano para nosotros en la industria rural y patriarcal de una familia de campesinos que produce trigo para sus propias necesidades, ganado, lino, tela, vestido, etc., etc. Estos objetos diferentes se presentan a la familia como los diversos productos de su trabajo y no como mercancías que se intercambian recíprocamente. Los diferentes trabajos... ya tienen la forma de funciones sociales, como funciones de la familia, que tiene su propia división del trabajo, no menos que la producción mercantil. Las condiciones naturales (estación, edad, sexo...) determinan distribución y duración del trabajo para cada uno**». Otras veces hemos indicado que estas *islas* de organización autónoma existen no sólo en los continentes atrasados donde el mercado mundial no ha penetrado, sino también en los países burgueses: en 1914 una señora calabresa, gran propietaria, se jactaba de gastar un dinero al año para sus comodidades, y de no comprar nada más. Si no fuésemos dialécticos diríamos que en tales islas esta nuestro *ideal*. En lugar de eso, decimos que es útil que lo antes posible sean todas engullidas, ya estén en Calabria o en Turkmenistán, por el lance infernal del capital mercantil.

Futuro. «**Para cambiar, imaginemos finalmente (el humilde tono, usado para mantener alejado el modo utópico no ayuda a comprender a los superficiales que se trata del programa de la revolución social proletaria), una asociación de hombres libres (históricamente para nosotros libre es igual a no asalariado) que trabajen con medios comunes de producción y que usen conscientemente sus numerosas fuerzas individuales como una sola e idéntica fuerza, de trabajo social. El producto total de los trabajadores asociados es un producto social. Una parte sirve nuevamente como medio de producción y sigue siendo social; pero la otra parte es común y por tanto debe repartirse entre todos los componentes de la asociación (¡Atentos! buscad la especificación: en partes iguales: ésta no existe). El modo de reparto variará según el organismo productor de la sociedad y el correspondiente grado de evolución histórica de los productores**».

Para establecer bien que «**este estado de cosas**» (¿Cuál, oh censores, cuál, oh distraídos? Pues el *comunismo ¡el imposible comunismo!*) es la negación de la producción mercantil, Marx hace la confrontación imaginando *uno* de los modos de reparto, o sea, que «**la parte concedida a cada productor esté en proporción a su tiempo de trabajo**» (sería el estadio inferior del comunismo, según la clara ilustración de Lenin basada en la «**Crítica al Programa de Gotha**», otro formidable martillazo a los clavos básicos). Pues bien, aquí, en la organización comunista, «**las relaciones sociales de los hombres en sus trabajos y con los objetos útiles que**

consumen son simples y claras, en la producción y en la distribución».

La parte final del párrafo trata de las ideologías que reflejan necesariamente los tres estadios: economías antiguas premercantiles (economías mercantiles), organización no mercantil o socialista.

Las viejas religiones nacionales, son propias del primer estadio bárbaro y semibárbaro basado en condiciones de despotismo y esclavitud.

La sociedad del mercado universal encuentra su religión apropiada en el cristianismo, y sobre todo en su desarrollo burgués reformado.

Sólo en el tercer estadio comunista la *vida social arrancará el místico velo que encubre su aspecto*. Como hemos citado otras veces, existe el PERO. **«Pero esto requiere una base material de la sociedad, un conjunto de condiciones materiales de existencia, que a su vez no son más que el resultado de un largo y borrascoso desarrollo histórico».**

Y Marx concluye con el escarnio final de la asimilación de las patrañas supersticiosas de la **«ciencia sobre sí misma»**, del que es capaz la época burguesa.

Marx elige a Bailey, nosotros podríamos elegir a Einaudi. El docto capitalista dice: **«el valor (o sea, el valor de cambio) es una propiedad de las cosas. La riqueza (valor de uso) es una propiedad del hombre»**. Así puede deducir científicamente que habrá mercancías *eternamente*, y *eternamente* habrá ricos (en la acepción más imbécil: todos los hombres serán ricos).

Nosotros, que con la revolución aboliremos las mercancías y los ricos, por ahora mostramos a estos pretendidos doctos que por el contrario son las cosas las que tienen la propiedad de un uso útil para los hombres, y que son sólo los hombres y sus relaciones *actuales* los que tienen la propiedad *mercantil*, de modo que el valor de cambio expresa un atributo de los *hombres*, el de ser explotador o explotado.

Cuanto más actualizada y a la moda está la consulta de la ciencia oficial, más y más concluye ésta, que las relaciones capitalistas son insustituibles y **«naturales»**, y más la consideramos nosotros una estupidez integral. Su calibre es parecido al de las idioteces que la *vis cómica* de Shakespeare pone en boca de su risible personaje, Dogberry: **«ser un hombre bien hecho es un don de las circunstancias; pero saber leer y escribir es algo que nos da la naturaleza»**.

HOY

Mientras la tarea es tan simple (pero si lo simple es difícil de conquistar, lo complejo está al alcance de cualquier charlatán de la cultura) tenemos quien viene a decir que hace falta una **«palabra nueva»** ¿Por qué hace falta? ¿Para explicar la cuestión de Rusia y el embarazo de la construcción marxista dado que allí los medios de producción ya no son propiedad privada y entre tanto hay un capitalismo que no se distingue un milímetro del de los occidentales! Toda la amplia banda internacional del estalinismo explica a voces que hay socialismo integral. Toda la no menos amplia banda capitalista explica la misma cosa, o sea, que hay comunismo, no siendo el comunismo otra cosa que la dictadura central y estatal sobre todos los bienes y todos los hombres (de lo que se aborrece en el delicioso *mundo libre*).

Buscadores de palabras nuevas, venid un momento a la confrontación de palabras viejas. Tengo gran miedo de que en lugar de permitirnos abrir

vuestro instituto superior de investigación convendrá volver a colocaros en la «**clase de los burros**».

Será verdad que Demóstenes devino el orador más grande, venciendo con la arrolladora piedrecilla en la boca el balbuceo natural, pero nosotros desconfiamos mucho de los *balbuceantes del marxismo*. Habréis comprendido que en dialecto meridional (italiano) *cagaglio* quiere decir balbuceante ¿Escándalo el uso del dialecto? Para Stalin quizás, que niega que la lengua nacional sea un transeúnte producto de clase. Por el contrario el dialecto está más cercano, a veces, a la manifestación del pensamiento de la clase dominada. Dante colocó a la revolución por encima en cuanto a los burgueses contrapusieron el vulgar toscano al latín de los señores y de los prelados. En Rusia los aristócratas maullaban francés, y los revolucionarios proletarios disertaban en alemán: Stalin, ignorante de ambas lenguas, expresa bien el hecho de que uno de los caracteres de la formación del poder burgués es la formación de la lengua nacional.

Sea como fuese, si os da miedo pasar por gente de mentalidad campesina, recordad que Stenterello es un personaje florentino. Lavándonos así en el río Arno, volvemos al *Moscova*.

Para clasificar a Rusia en los tres estadios: premercantil, mercantil, o socialista, no es necesario tener dudas. En la época de Engels el primer estadio todavía tenía manifestaciones sugestivas no sólo en los señoríos asiáticos, sino en el *mir*, en la comunidad rural de la Rusia europea ¿Es posible saltar este primer comunismo rudimentario de *islas cerradas*, al comunismo de toda la sociedad modernamente equipada?

Engels, que era el gran y buen diplomático de la revolución, presentando el *Manifiesto* a los rusos, recordó que Marx en 1882 había dicho: quizás pueda ser un punto de partida si la revolución rusa antifeudal diese la señal para la revolución proletaria en Occidente. Si no fue así, o si la señal no ha bastado, Rusia debía pasar por el estadio mercantil, lo está pasando. La ruptura del andamiaje feudal zarista ha determinado este resultado: deshacer todas las islas cerradas en Europa oriental y en Asia, mediante una industrialización acelerada del territorio atrasado, en la ola imparable del mercantilismo.

Resultado revolucionario. Marx y Engels han pensado siempre que un segundo 1848, no ya burgués, sino proletario, no habría sido victorioso mientras que en Rusia existiese un potente ejército feudal. Esta situación contrarrevolucionaria desde 1917 quedó eliminada.

Ellos y nosotros pensamos que para poder transformar la revolución antifeudal en proletaria (línea de Lenin) en Rusia, la base indispensable es la victoria revolucionaria proletaria Europea.

En la situación de 1952, Rusia no construye socialismo, sino capitalismo, como construían Alemania, Austria e Italia después de 1848.

Inglaterra, América, Francia y otros países industriales hoy ya no construyen capitalismo interno, sino que conservan y defienden capitalismo mundial. Sus máquinas estatales sólo trabajan en sentido contrarrevolucionario. Tienen las artillerías apuntando sólo contra el futuro, no parte contra el pasado y parte contra el futuro.

En este escrito cerraremos el punto sobre la naturaleza mercantil de la organización económica, desarrollando luego a fondo el de la disolución de las islas cerradas en el mar único del comercio general, explicando las conclusiones históricas del hecho de que en países dados el proceso está en marcha, en el territorio de otros «**no existen ya islas económicas**». Y demostraremos que esta distinción está en las páginas de Marx, donde

desarrolla la historia del traspaso del trabajo parcelario al trabajo asociado, base necesaria tanto de la revolución proletaria como de la organización social comunista.

Se ha anunciado que dentro de dos o tres años Rusia podría intercambiar con otros países mercancías por un valor anual de 40.000 millones de rublos. En dólares son 10.000 millones, en liras 6,3 billones.

La propaganda atlántica tiene la pretensión de hacer creer que son puras mentiras y sí que se gastarán 40.000 millones, pero con el solo objetivo de influenciar a los electores de Pernambuco para que voten por el sindicato cominformista.

Nosotros quisiéramos que los doctores en economía occidental nos explicasen cómo los capitanes de industria que fueron a Moscú puedan no ser todos, como dice románticamente *L'Unitá, novias en la ventana*, sino novias de *Potemkin*, o sea, gente alquilada. Y sería mejor que discutiesen otros fenómenos, como la decisión estalinista de Truman requisando la industria siderúrgica y en la fijación de precios y salarios por el Estado, dado que queda un margen útil de 18 dólares por tonelada de acero (o como la fundación, por parte de los capitalistas, de una Sociedad Financiera Internacional para el desarrollo económico con la tarea de resistir a la intervención de los gobiernos en los negocios).

El presente desarrollo del capitalismo en el sentido de la *planificación del beneficio*, no sólo se da por descontado ya por la doctrina marxista, sino que es tan claro que en el mismo no existe una migaja de socialismo, en cuanto que para la dialécticamente opuesta economía burguesa, ésta política dirigista es *precisamente* «**socialismo**». Por ejemplo, para Vilfredo Pareto no se entiende por socialismo lo que decimos nosotros, o sea, organización sin mercado y sin empresa, se entiende por el contrario intervención arbitraria de elementos *morales y legales* en el hecho económico natural (¡pero el marxismo, por el contrario, sostiene lo opuesto, o sea, la *intervención* del hecho económico en el forjamiento del artificio moral y legal!). De cualquier modo Pareto es coherente al decir: los sistemas socialistas (como lo entiende él) no difieren de los verdaderos sistemas proteccionistas. Estos representan, propiamente hablando, añade él, el *socialismo de los emprendedores y de los capitalistas*. Este *socialismo*, visto por Pareto hace más de medio siglo, se lo dejamos gustosamente a Truman, como a Stalin. Nunca estuvo tan claro como hoy, que el soviético es el *socialismo de los capitanes de industria*. ¡Pero en Rusia los han abolido! Y bien, hoy los importan.

6,3 billones de liras son una grandeza del doble de las importaciones de Gran Bretaña, seis veces de las italianas, casi igual a las americanas. Equivalen al trabajo anual de 26 millones de obreros; probablemente de todos o de casi todos los trabajadores rusos implicados ya en la producción no de islas cerradas, por cierto, como el trabajo de toda una población de un país desarrollado con la mitad de habitantes de la URSS actual. Si la mitad del esfuerzo de trabajo de este pueblo no absorbido por consumos de tipo premercantil asiático iguala en su precio en el mercado mundial al que se deriva del trabajo en los países capitalistas, no nos hacen falta más datos para definir capitalista a la economía rusa. ¿Y quién duda de que se haga notar en pleno estadio mercantil, si la proyección ideológica consiste en un dominio completo de la religiosidad popular, promovido y utilizado por el poder público?

El dialogo de intercambio entre la mercancía rusa y el dólar que la paga,

entre la mercancía americana y el rublo que la paga, apenas tenemos necesidad de separarlo de su «**carácter fetichista**» las cosas no hablan, las mercancías no hablan, pero aquella relación en realidad es una relación de explotación del asalariado, allí donde las mercancías, tanto las unas como las otras, son producidas.

Nada dice que en *este momento* el intercambio no se este realizando sensible y claramente. El intercambio ha funcionado durante la guerra, desde 1941 a 1945, bajo formas diversas: armas y municiones de Occidente contra esfuerzo y trabajo industrial y «**militar**» de Oriente. Hoy, las respectivas industrias o llevan a cabo la acumulación de capital (hecho social también en el régimen burgués) en el sentido de armarse para una guerra imperialista (Truman: motivación de defensa nacional en la requisación de las factorías y militarización de los huelguistas) o en el sentido de la recíproca satisfacción mercantil en el intercambio internacional.

** ** *

Para decir *algo nuevo* sobre Rusia de nada nos sirve el saber si en la mesucha de Stalin sirven caviar, y en el taburete del obrero pasta de mijo. Esto podría ser compatible con un comunismo de grado inferior. En el superior le daremos el caviar a todos... y el mijo a los alumnos suspendidos que tienen el prurito de hacer de profesores.

A nosotros nos interesa preguntarnos si teniendo en el bolsillo rublos podemos obtener aquél caviar y aquél mijo. Y si podemos obtenerlo teniendo dólares o teniendo liras itálicas, una vez hecho el cálculo del cambio.

Tras saber esto, para nosotros, ya no tiene secretos el carácter fetichista del caviar y del mijo; es aquél tan necio de las palabras nuevas.